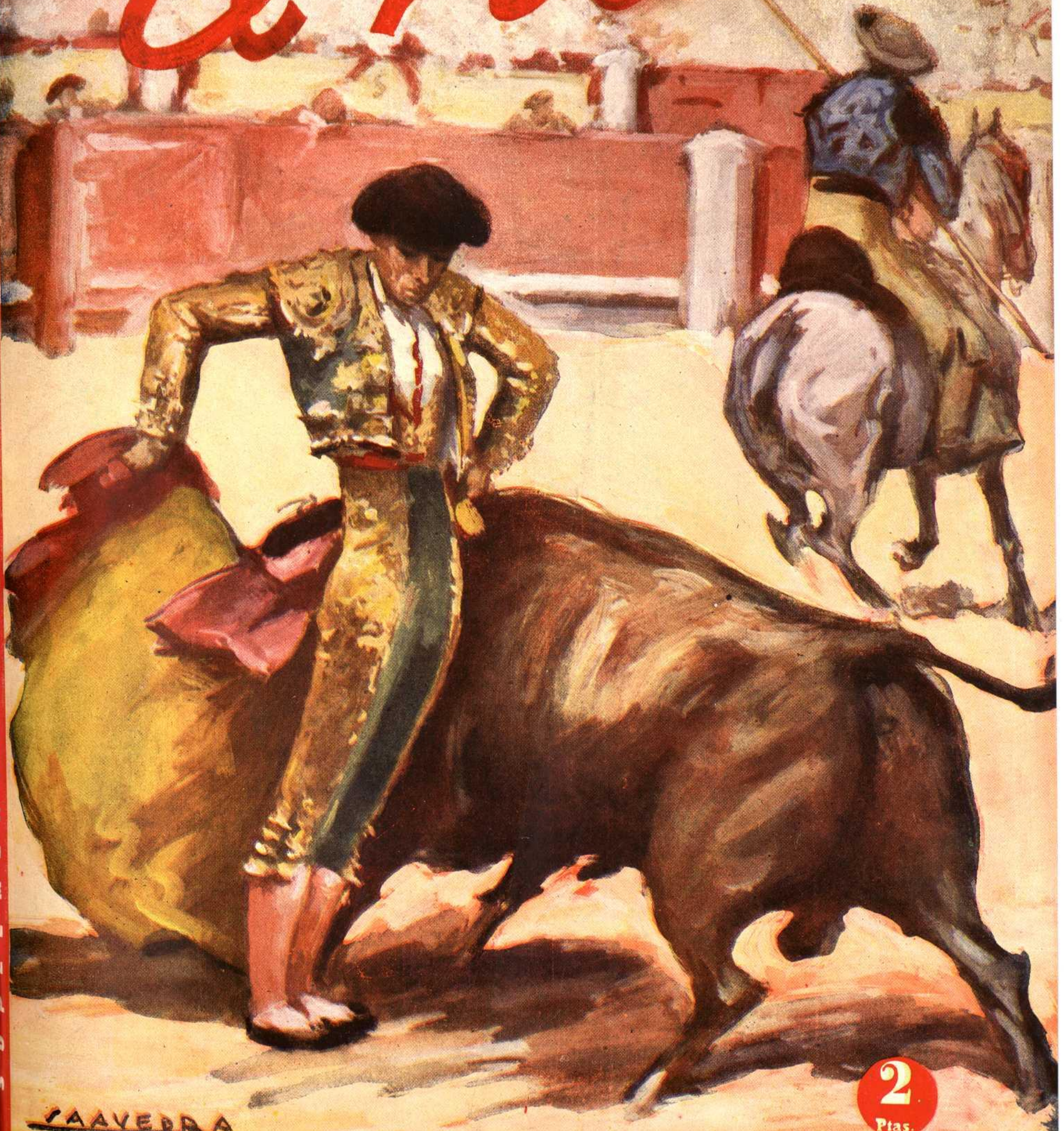


El Ruedo



SAAVEDRA

2
Pts.



La puntilla
(Dibujo de Enrique Segura)



Domingo Ortega con las orejas cortadas en la segunda de feria



Pepé Luis con las orejas y rabo que cortó en la segunda corrida



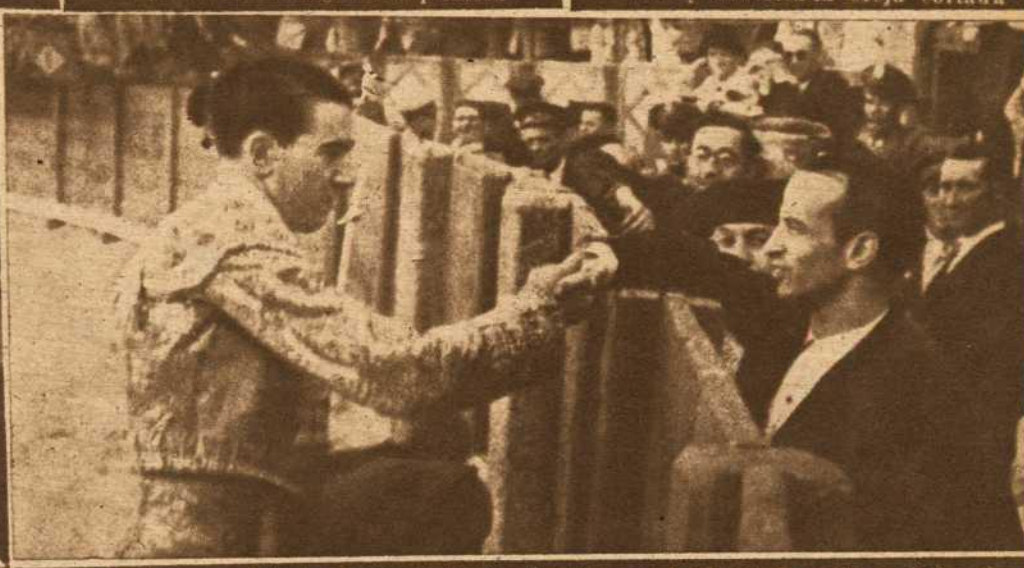
Domecq saluda después de cortar las orejas de su enemigo en la primera



En la tercera de feria, Arruza saluda y muestra la oreja cortada



Antoñito Bienvenida y Alvaro Domecq charlan durante la primera corrida de feria, después de haber terminado su labor el rejoneador jerezano



Parrita, que brindo la muerte de uno de sus toros a Alvaro Domecq, saluda al rejoneador después de terminada la faena (Foto, Mari)

EN ESTE NUMERO: AMPLIA INFORMACION GRAFICA DE LAS CORRIDAS DE LA FERIA DE SALAMANCA EN LAS PAGINAS 20 y 21

Parrita torea con la derecha mirando al público



Carlos Arruza en un apretado y emocionante natural



Domingo Ortega torea por manoletinas en la segunda de feria



El diestro cordobés en una clásica manoletina en la tercera corrida



EL LAPIZ EN LOS TOROS

DE LA CORRIDA DEL DOMINGO EN MADRID

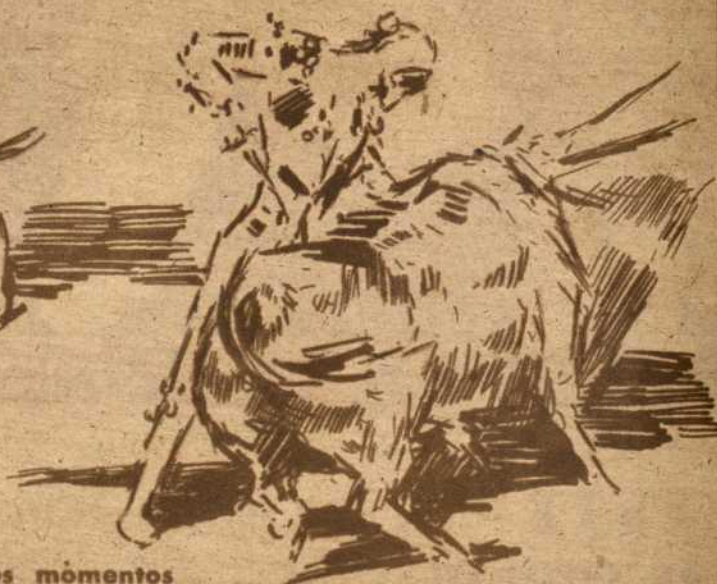
Por Antonio Casero



El rejoneador Murteira preparando un par de banderillas



Dionisio Rodríguez toreando al novillo de rejones



Dos momentos de la faena de Francisco Rodríguez en su primer toro



La cogida de El Soldado

ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



ENTE un hecho consumado y otro por consumar se agitaron la semana última los comentarios taurinos: el enorme escándalo en la Plaza de toros de Madrid, provocado por la novillada que presentó el otro domingo el señor Sánchez Covaleda, de Salamanca, y el anuncio de que los diestros de moda, Manolete y Arruza, puedan llegar a torear tres corridas en un solo día, mañana, tarde y noche, en las Plazas de Madrid, Barcelona y Valencia, respectivamente.

El primer hecho, después de la ira descargada por un público que había agotado en la temporada los límites de la paciencia, no ofrece otra enseñanza que la de refrescar textos legales que explican que por desechos de tonta y cerrado y defectuosos no habrá de entenderse que cualquier cosa es buena y que, por

el contrario, siempre es exigible una decorosa presentación, aunque la manera de exigirla no sea precisamente la de arrojar objetos al ruedo.

Lo de que Manolete y Arruza toreen tres corridas en el mismo día es posible que a la hora de ver la luz estas líneas sea ya algo desvanecido como cosa irreal; pero dando por hecho que los tres espectáculos se celebren, es preciso decir rápidamente, antes que nada, que la hazaña producirá a sus ejecutores mucho dinero, mucho más del que cobrarán en moneda contante, ya que no sonante, porque es una propagnada sin precedentes en los tiempos actuales. Forzosamente, circulada la noticia y comentada —todo gratuito, claro— por Prensa y Radio, no habrá apenas un aficionado en Madrid, Barcelona y Valencia que no esté haciendo ya sus cuentas para sacar su localidad, sea como sea, y si se le ofrece alguna combinación, en vez de asistir sólo a una corrida, hacerlo a dos y, ¡si fuera posible!..., a las tres. A las empresas organizadoras se les acabará el papel al precio que lo pongan. Llenos ganantizados.

La Plaza de Madrid se llenará con sus propios medios, porque no es probable que de Barcelona y Valencia vengan aficionados a presenciar la corrida en la Plaza de las Ventas; pero es seguro que, aunque también pueden llenarse con sus propios medios, las de Barcelona y Valencia se prestarán mutuamente un buen puñado de público y esta última no dejará de tener alguno de Madrid, que durante la tarde tiene tiempo para trasladarse a la capital valenciana.

Los dos matadores van a batir un record español —en este siglo, al menos— despachando cada uno nueve toros en un día —aunque los nueve no pesen lo que seis de los que un Joselito, un Granero o un Larita, se despachaban de vez en cuando — todos seguiditos—; pero de lo que van a batir un record mundial en todas las profesiones —sería cosa curiosa demostrar que me equivoco— es en cobrar dinero. No menos de cincuenta millones —¡un cuarto de millón!— quedará a cada uno libre de gastos después del esfuerzo deportivo y artístico, realizado en un tiempo máximo de quince o veinte horas. ¡Ni siquiera en un día!

Pero todo esto son divagaciones intrascendentes y la cosa tiene otro alcance que para el público no ofrece grandes ventajas. Es la culminación de una tónica bajo la que se abrió y va a cerrarse la temporada actual, una tónica que ha impuesto un público desorientado y de la que natural y legítimamente han de aprovecharse empresarios, diestros y ganaderos; pero que trae como consecuencia lamentable —castigo a quien se impuso— el que los precios de las localidades alcancen cifras que serían suficientes para el presupuesto semanal de muchísimas millares de familias.

Esto es lamentable y resueltamente catastrófico para un porvenir muy próximo de la fiesta, que se quedará sin diestros, sin toros y sin espectadores.

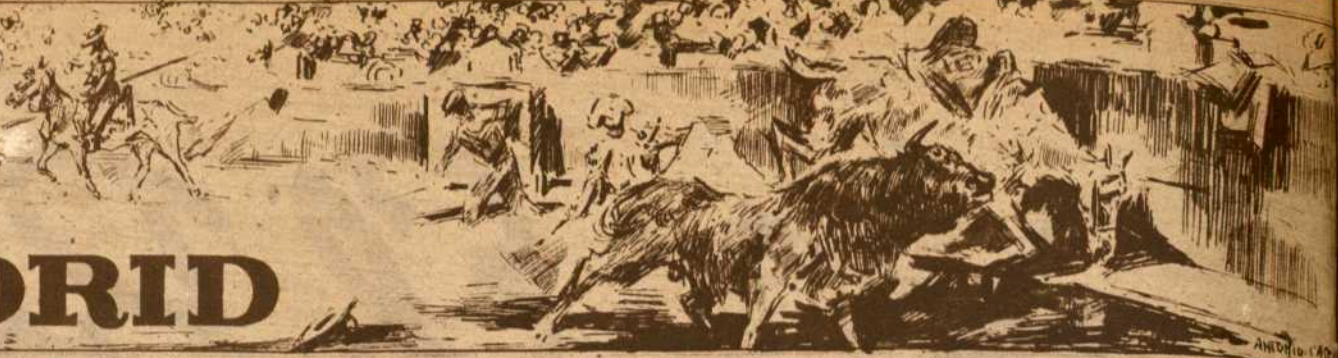
Año -- Madrid, 20 de septiembre de 1945 -- Núm. 65



EN ESTE NUMERO:

Información gráfica de la primera corrida de Feria de Valladolid en la página 24.—En la foto, el rejoneador jerezano Alvaro Domecq, después de rejonear, echa pie a tierra y torea por bajo con la derecha

La corrida del domingo en MADRID



Un novillo de Fraile, uno de Sánchez Fabrés y cinco de Moura, para Murteira Correia, Machaquito, El Soldado y Francisco Rodríguez

LA SEMANA EN LAS VENTAS

Se sirven dentro, por el calor

Por EL CACHETERO

NO se me oculta que estos comentarios sobre la "Semana en las Ventas", por ir tan a compás de lo que se celebra en la Plaza de Madrid, sufren una crisis de anemia, acompañada con lo emodino de los festejos que en ella se celebran. Una novillada cada domingo, generalmente desvaída, no puede dar lugar sino a que el jueves salga un comentario minúsculo. Partes que la semana que viene, con el refuerzo de las corridas de los jueves, esto ya será otra cosa; pero el lapso de julio a septiembre suele ser tan inexistente en Madrid, taurinamente hablando, como el paréntesis del invierno. Con la esperanza de que la señora Empresa suministre más tela a cortar en lo que resta para el cerrojazo, ahí van las últimas consideraciones que hemos podido ordenar a la novillada que se celebró el domingo.

Yo no sé si los compromisos firmados con antelación tendrán en esto su parte decisiva; pero de no ser así, o sea, de tener la Empresa íntegras sus facultades de libre contratación una semana antes del festejo, uno no se explica la inclusión de Machaquito y la de El Soldado. Por muchas simpatías que merezcan estos muchachos, el uno por el sentimental recuerdo de la gravísima cornada que en la misma arena recibió un año hace, y el otro, por una decidida afición, que salta por encima de su situación privada, lo cierto es que, en puro taurino, no tienen la menor justificación. Machaquito, lógicamente ha perdido el valor y la serenidad para hacer algo más que para ver arrastrar a sus novillos después de despacharlos con alivio. Y El Soldado, fuera de un valor desigual, pintoresco e indocumentado, no ha tenido nunca serenidad alguna. Ya se vió el domingo a qué meta les llevaron sus deficiencias; a cuajar unas actuaciones en las que naufragó la novillada sin remedio, una actuación borrosa y una actuación desastrosa, que en las necesidades novilleriles son casi decisivas para el porvenir. Si el rejoneador Correia y el mejicano Rodríguez levantaron el festejo, fué para hundir más en el fracaso a los dos novilleros que entre ciento había elegido la Empresa. ¿Qué pretendió?

¿Llenar fechas? ¿Quitárselos de encima? Porque no es de creer que "a priori" creyese que iba a sacar de ellos, no el premio gordo del interés de un novillero ventero, sino ni tan siquiera una aproximación o un premio de "pedrea".

Aquí se viene a la pluma una pregunta que aún no ha sido contestada en forma por nadie, sino sistemáticamente eludida o confundida. ¿Cómo no funcionan las Plazas adyacentes, las de Tetuán y Carabanchel, o sus herederas? Porque b'en claro se ve que tanto el público como los toreros saldrían ganando. Y no digamos el prestigio, aunque no se sabe si la economía, de la Plaza grande. Habría un cernido elemental. Los novilleros no se lo jugarían todo a cara y cruz. Un fracaso en los alcañanes es subsanable; en el circo máximo, es definitivo. No sé que se haya ganado nada con la supresión, si no es que se trasladan a la Plaza que debía ser de máxima categoría en el mundo los festejos de Tetuán de las Victorias a doble precio. Por más que lo cierto es que la que está cerrada o derruida, sobre todo en los meses veraniegos, es la verdadera Plaza de Madrid. Las novilladas de Tetuán y Carabanchel se sirven allí dentro, por el calor. Y por otras cosas.



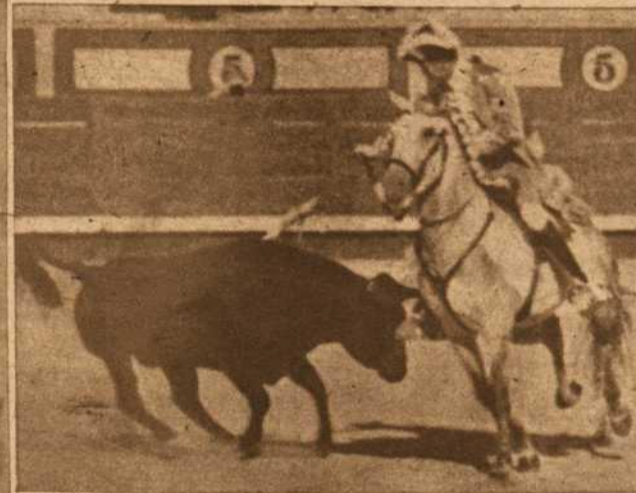
El rejoneador portugués y Dionisio Rodríguez dan la vuelta



Francisco Rodríguez en un mulotazo



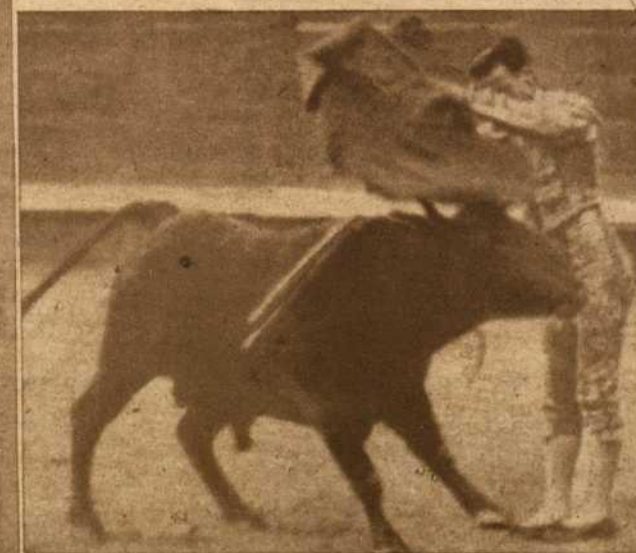
El mejicano, con la oreja que cortó



Murteira Correia, al colocar un rejón



Otro momento de la intervención del portugués



Machaquito pasando de muleta por alto



Momento de la cogida de El Soldado

DESPUES DE LA CORRIDA

"El público madrileño, además de ser muy entendido, aplaude con más ardor que ningún otro", corroboró Correia
 "La corrida fué de toros más que de novillos", afirmó Machaquito
 El Soldado no quiso romper su mutismo
 "El golpeazo sufrido me impidió redondear el triunfo", dijo Rodríguez



Un molinete del torero madrileño Machaquito, el domingo en Madrid

MACHAQUITO

Llego al portal de su casa al tiempo que el coche que lo conduce frenaba en el bordillo de la acera.
 La inmovilidad del ascensor nos obliga a torero, mozo y redactor a ascender filosóficamente hasta un primero que hace quinto.
 Mientras el ayudante empieza su faena de desatar los machos, Raicel se desprende la castañeta y, con gesto cansino, parece aguardar mis preguntas.
 Como, por mi parte, no sé por dónde empezar, el hombre comienza a hablar del ganado, de su mal estilo, de su continuo cabecear, de su bronquedad, en suma.
 Hoy toreaba su tercera corrida del año. Mal compañero es el desentrenamiento, y si a esta incomodidad se le une —con palabras del torero— el hecho de que la corrida fuera más de toros que de novillos, y con malas intenciones, se llegará al motivo del nulo lucimiento del madrileño.
 Al desandar los interminables peldaños voy pensando que si los huidos pitones de un toro de Arturo Sánchez no llegaron a arrancarle la vida a este Machaquito, sirvieron para frenar el ardor juvenil, la confianza en sí mismo, cualidades indispensables para desarrollar una personalidad.

EL SOLDADO

Lo encuentro acostado, con cara fosca y encerrado en un hermético silencio, él, ya de por sí poco dado a la locuacidad.
 Si apoderado y el consabido mozo de estornes, que son los únicos acompañantes del torero en tarde de desgracia, van exhumando las exigencias de rigor.
 El toro foqueado, ciertas arrancadas... Su generosidad y la comoción sufrida en su primer toro...

RODRIGUEZ

Bien arropado por jubilosa compañía, Peco Rodríguez celebra su triunfo.
 —A mis dos toros había que aquantarlos mucho y porfirar en la pelea. Si no pude redondear las faenas como hubiera deseado, fué a causa del golpeazo sufrido. Pero yo tenía ganas de triunfar en Madrid, y puse cuanto pude por hacerlo. El público, inmenso, y más inmenso todavía un espectador al dar un «Viva Médico».
 F. MENDO



El mejicano Francisco Rodríguez, que hacía su presentación en Madrid, en un muletazo por bajo con la derecha

CORREIA

La habitación del hotel ocupada por el rejoneador portugués parece la sucursal de Telegrafos. La mesita de noche, cama, las sillas y hasta el lavabo hacen de soportes a otros tantos compatriotas de Francisco, muy cansados en no dar paz a la mano en la redacción de telegramas.

Allí, el único ocioso a la sazón es el consumado caballista, que, coniente, observa la febril actividad de sus amigos.

Y como no es cosa de estar ocioso en aquel ambiente, sin tomar respiro pregunto al equite:

—¿Qué impresión ha sacado del público?

Correia, en un portugués esmaltado de locuciones castellanas y afianzado por gestos rotundos, dice:

—Magnífico! Además de ser muy entendido y ponderado, aplaude con un ardor y un entusiasmo como en ninguna otra parte. Y esta es la mejor recompensa para los que salimos a poner todo de nuestra parte.

—¿Le ha complacido el toro de rejones?

—Me ha parecido excelente, tanto en su forma de llegar a los caballos como en tomar los capotes.

—No pareció que sus jacas extrañaban la amplitud del ruedo, de por suyo acostumbradas a la estrechez de los antiguos portagotes.

—Por fortuna, no fué así, y créame que fueron esos los únicos temores que me asaltaban frecuentemente. En Barcelona, donde accedí mi primera actuación, los caballos tardaron a habituarse con las nuevas dimensiones, y no tuvieron la seguridad de que esta tarde hicieron gala.

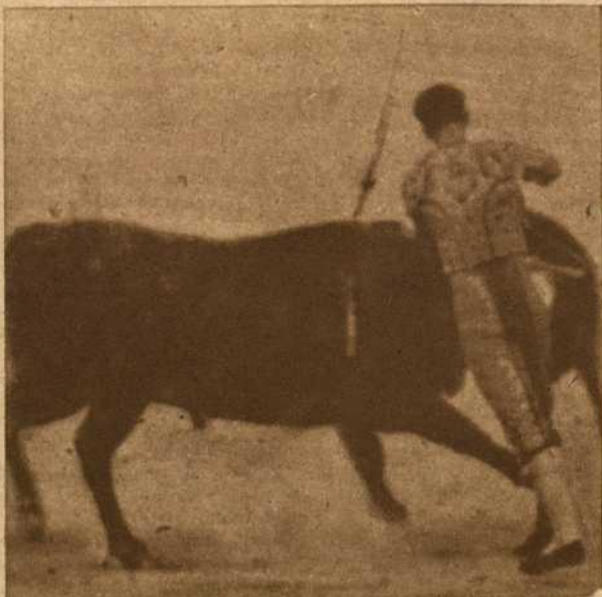
—¿En quien se ha inspirado para banderillar ejecutando la suerte sin mandos?

—El gran João da Nuncio fué su verdadero creador. Simao da Veiga vino a perfeccionarla. Yo vengo ejecutándola desde hace dos años.

—Antes de dejarle, ¿quiere añadir alguna otra incidencia?

—Dos, si me lo permite. La primera, hacer constar el que rogarle patente una vez más mi gratitud hacia el cabecero y cordial público de Madrid, hacia su Prensa y, de revista particular, hacia EL RUEDO, la primera revista de revistas del mundo.

Los redactores de los despachos telegráficos, concluida su tarea, se van a meter con ánimo de meter su cuarto a espadas; pero para entonces uno ha enfundado ya la estilográfica y tomado el camino de la puerta.



El Soldado, en el único toro que mató el domingo, dando un pase de muleta (Fots. Baldomero)

Banderillas de fuego

Por ALFREDO MARQUERIE



Murteira Correia

El alguacilillo, vestido de negro, parece el negativo del sedefio y vistoso Caballero portugués.

Hay niños de pecho que vienen a los toros para sentir ya, desde los brazos de sus madres, ese estremecimiento que produce la cogida. ¡Qué buenos aficionados serán de mayores!

Hay rejones que son como rizadas velas de evoto lujoso. Y el toro, con tantas cintas y floripondios como lleva clavados, se convierte en un negro búcaro, en un oscuro candelabro ambulante.

«¡Toro!», grita un espectador desde el tendido. Y parece que le llama para invitarle a subir, para convidarle a gaseosa y a presenciar la corrida.



Machaquito

El momento más desastroso de la lidia es aquel en que se convierte en capea pueblerina con todos los peones al retortero. Eso es lo que da a la fiesta desesperación y pesadez, aburrimiento insuperable.

Machaquito resultó Machacado. Mucho baile y mucho miedo. Ahora, eso sí, con una planta garbosa de mocito muy torero..., pero cuando no estaba el toro delante.



El Soldado

Hay monosabios que se agarran a las varas como al remo de una piragua.

El Soldado, con sus tres avisos, con el chichón que no le dejaba ponerse la montera, entrando y galiendo de la enfermería como Pedro por su casa, fué el auténtico muñeco con los muelles rotos. ¡Qué ignorancia!

«¡Están deliberando!», decía un guasón de los peones en ruedo de consulta junto a la barrera, cuando no se decidían a probar a un bicho menos pequeño que los demás.

Francisco Rodríguez justificó hasta el no tener seudónimo. Un torero serio, sí, señor.



F. Rodríguez

Por qué me gusta el toreo de Pepe Luis

Por DON INDALECIO

A José María de Cossío, el autor de «Los Toros», cordialmente



Pepe Luis Vázquez en un adorno durante la feria de Salamanca

sear de obispos». En consecuencia, si va mucha gente por una acera, me voy por la contraria; si una iglesia se hace de moda, voy en busca de una capilla de convento, limpia y sana, con su misa madrugadora, de escasos fieles, para que no se me interponga ante el altar y pueda ver al celebrante; admiro los escaparates con escasos artículos bien distribuidos, y vuelvo la vista ante esos otros abarrotados de género; y hubiera querido fuese mía la frase de cierto orador, que, al ser interrumpida su oratoria por los aplausos entusiastas de la masa, decía: «Alguna tontería acaba de salir de mi boca».

Era necesario este exordio. Porque al hablar de «toreros» y no de «toros», naturalmente que de una manera limpia, desinteresada, sin empujar la mampara de la Administración, ni hacerle un quiebro a lo legítimo, me imagino a una muchedumbre de lectores de este semanario preguntándome, con ánimo de hacerme migas, según sea mi declaración:

- ¿Va usted a hablar de toreros?
- ¿Y qué es usted?
- ¿Manoletista?
- ¿Arrucista?

Y a esos imaginarios interrogantes, antes de que el atropello se consume, les contesto: Manolete, un gran torero; Arruza, un lidiador formidable. Pero, dados los millones de partidarios que están dispuestos a matarse por ellos, ¿qué falta les hace que yo me haga «ista» de ninguno de los dos? Torean cuanto quieren, cobran cuanto les place, imponen a su alrededor a quien les conviene. ¿Les hago falta? Ninguna, creo yo. Y dejo a los idólatras con sus ídolos, y yo me voy en busca de mi recoleta capillita, que me permita contemplar el altar sin estorbos y satisfacer mis particulares devociones.

Particulares devociones que son: que el torero sepa lidiar sus toros y los «vea» y «de cubra» desde que salen resoplando por la puerta de los chiqueros; que sepa torear a la moderna, sin olvidar las maneras antiguas—vino nuevo en odres viejos—; que no entre por la misma puerta que los demás, atropellándose con los borregos, para ejecutar el lance de moda, era sea la «axilina», «ora el pase de «por aquí no pasa nada»—¡un saludo, maestro «Clarito!»—; y admiro los toreros con luz propia, al tiempo que me espantan los fabricados en serie. ¡Ah! Y con la pretensión, que no es mucho pretender, de que tengan la vista clara cuando van por la calle, sin temor a los bellos colores que nos ofrece el mundo, para que los transeúntes los admiren como toreros y no los confunda con el pobre ciego que exhibe la tira de «los iguales».

Yo admiro a los lidiadores que no me cantan la carambola, que el toreo es improvisación y osadía, y sabiduría, y alegría espontánea de surtidor. Sobre todo, alegría y gracia, que las corridas no son aniversarios solemnes, ni las faenas toreras ritos sacerdotales.

Y, naturalmente, que un torero de estas condiciones lo encontré pintiparado en Pepe Luis, aunque no siempre lo encuentre—y perdón por este contrasentido—, que, al correr de los siglos, muchas veces sigue dormitando Homero; un Pepe Luis que jamás me dió el disgusto de verme sacarse la muleta de debajo del sobaco, y a quien nunca le vi despartamar la vista hacia las andanadas para descubrir por su graderío gente conocida. Alegría, saber, concimiento del toro, aderezados con el divino tesoro de la juventud, con buen gusto innato y sin ajustamiento a las modas pasajeras y artificiosas. Un torero, señor, de las moras de la montería hasta el lazo de las zapatillas; un torero que vive sin subirse a la trasera de las carrozas triunfantes.

—Entonces, usted—me increpa un manoletista iracundo—, ¿no cree que Manolete es el mejor?

—¡Comel!—me ataja un arrucista intransigente—. ¿Qué tiene usted que decir de mi torero Arruza?

—¿Otra vez?—les respondo—. ¡No sean ustedes pesados! Un gran torero, Manolete; una tromba marina, ultramarina, Carlos. Pero si decía el Señor «que en la casa de su Padre hay muchas estancias», permítame que yo me refugie en la mía, en la de mi gusto, en la de mi admiración sin ofuscaciones. Y os dejo a vosotros con vuestras manas, dándoos codazos, confundiendo vuestros sudores, atropellándoos por la acera de la moda, casi sin dejaros andar, en pos de vuestros ídolos. Y a mí, permítame que tranquilamente, vaya con comodidad, sin agobios ni atropellos, por la acera de mis gustos, por la que se pasea tan ricamente. Voy despacio, respiro a mis anchas y muchos os espero. Sé que vendréis a hacerme compañía, diciéndome:

—Pero, ¿cómo habremos ido por allí, donde se camina entre empujones? Por allí, codazos y malas caras. Por aquí, un caminar tranquilo, sin palabras malsonantes. Vemos que la tarona estaba de su parte.

De miércoles a martes

Por J. HERNANDEZ PETIT

SEPTIEMBRE

19

MIÉRCOLES

La hora matutina en la Hemeroteca es deliciosa. Resulta curioso hojear los amarillos periódicos y revistas taurinas, con títulos que ya sólo recuerdan los aficionados más ancianos de la localidad. En «El Arte de los Toros», del año 1897, refiriéndose a la corrida del 19 de septiembre en Valladolid, veo que era Reverte quien acaparaba las ovaciones, orejas, tabacos y la mar». Los del 7—que siempre han sido unos «huesos»—le premiaron a «Maoliyo» con una ovación ruidosa, y un espectador le regaló una pitillera de plata, por su faena, ajustada, al quinto, del que primero se llevó las cintas de la divisa, y que consistió tan sólo en tres naturales, uno cambiado y un volapié en todo lo alto. Ahora—a Arruza, por ejemplo, le sucedió en su segundo toro en Toledo—, a los toreros, si están bien, se les grita que sigan toreando de muleta, y si obedecen

por complacer al respetable y el toro se aploma, pierden los trofeos y encima les chillan con desagrado. La Plaza vallisoletana, ostensiblemente enladrillada, fue inaugurada el día 22 de septiembre de 1890. Pusieron en ello todo su empeño los doce socios de La Taurina, y a las tres y media de la tarde hicieron sobre su ruedo el paseillo Lagartijo, Espartero y Guerrita. Al mismo tiempo fueron lidiados seis toros en la Plaza vieja y a peseta la entrada. ¡El instinto de conservación, terriblemente arraigado en la gente de edad! Tal competencia hizo que del 20 al 25 de septiembre se lidiase aquel año, en Valladolid, la friolera de 53 toros. En la Plaza nueva, los toros fueron de Sallido, Veragua, Patilla y Murube, y cuatro resultaron superiores; nueve, buenos; ocho, regulares y medianos, y cuatro, malos y defectuosos.

En cuanto se lea en Embajadores, 7, la fecha 21 de septiembre de 1902, el dueño de la finca—«Hay ascensor»— verá que recuerdo su alternativa.

«Don Modesto» escribió entonces que, en las quince corridas de abono, muerto el Chico de la Blusa, nació Vicente Pastor. Por la mañana, en visita de cumplido, Pastor fué a ver a su padrino, don Luis Mazzantini. Y con él, al compás de un pasodoble, jaleado por las palmas de sus paisanos, por la tarde, pisó fuerte la arena de la Plaza madrileña. El toro de la cesión, de Veragua, se llamó Aldano, y era negro, bragao, corto de armadura y con bastantes carniceras. Por su lidia y muerte, el admirado y querido Vicente oyó una gran ovación, dando la vuelta al ruedo y demás gajes propios de las circunstancias.

El día 22 de septiembre de 1895 fué José García, el Algabeño, quien pasó a ser matador de toros. Farolillo compendió en pocos versos su biografía: «Se hizo matador muy pronto y entusiasmó a la afición, porque matando, Algabeño fué la suma perfección. Por mantenerse en sus treces de cobrar hoy como ayer, apenas si por las Plazas el hombre se deja ver. Con un millonaje ahorrado cabe esa comodidad. Y hasta decir: ¡Que me quiten lo bailado! ¡Y es verdad!»

Tres orejas contó Minuto en Logroño el 23 de septiembre de 1897, después de matar seis toros, «contratado por una Empresa particular». Y esto trae a mi memoria una anécdota que hace poco me contó Joaquinito. Parece ser que este año, en Sevilla, un espectador narigudo se pasó la tarde pidiendo las orejas, sin que ni son, para los diestros que actuaban. Después de morir el último toro, su vecino de localidad le dijo: «Oiga usted, maestro, ¿por qué en vez de la oreja pa ellos no ha pedido otra nariz pa usted?»

El 24 de septiembre de 1897 sucedió en Barcelona algo así como lo pasado en Madrid durante la novillada de los Cobaledas. El primero saltó nueve veces al callejón, debido a su ligereza de carnes. Pepe Illo y Carrillo oyeron, como el presidente, constante y ensordecedora gritería. En aquellos tiempos no había amohardillas, y algunos de los espectadores, que se consideraban estafados, daban la cara. Uno, al salir Carrillo, mostró públicamente su gran indignación y demostró seguidamente que tan temible o más que un toro es un hombre armado con un bastón.

Hombre de pelo en pecho y torero pundonoroso fué, en verdad, Manuel Domínguez y Campos. El 25 de septiembre de 1853 realizó, en la Plaza sevillana, uno de los hechos taurinos de más valor de que tengo noticia. El cuarto toro, de Saavedra, derribó al picador Coriano; Manuel acudió al quite y perdió el capote. Sin titubear, el diestro se encunó voluntariamente y, aferrado con piernas y brazos al toro, resistió sus violentas cabezadas, dejándose caer tan sólo cuando vió al picador a saltar.

Parados los años, este torero—llegó a emular la fama del Chiclanero—, en situación apurada de recursos, se negó a admitir «la limosna» de un beneficio. Ni pedía recursos ni quería recibirlos. Así, murió en la indigencia. Y cuando, de cuerpo presente y contra su voluntad, se efectuaba un prorrateo para costear su entierro, un íntimo amigo declaró que no era necesario, pues Domínguez hacía tiempo que le había entregado mil pesetas, con estas palabras: «Son para mi entierro; si, por azares de la vida, llego a verme sin dinero, quiero que se me pueda enterrar sin que sea preciso pedir a nadie ni un ochavo siquiera».

Ya dije al principio que resulta entretenida y curiosa la visita matutina a la Hemeroteca, placer que a veces comparto con mi admirado y querido maestro don Emilio Carrere, cuya vida Dios guarde muchos años.

SEPTIEMBRE

25

MARTES

UNAS PREGUNTAS AL DOCTOR GIMENEZ GUINEA

¿Por qué no se infectan las heridas de los toreros? ¿Por qué curan tan pronto de sus tremendos desgarros?

Por ENRIQUE CORMA

CON reiteración, en tertulias y «peñas», todos hemos oído comentarios y asistido a discusiones —y aun hemos intervenido— respecto de un hecho acerca del cual se dan toda clase de explicaciones... a cual más opuestas y disparatadas. ¿Por qué no se infectan las heridas que recibe el torero del cornúpeto? Unos que si por la rápida intervención quirúrgica; otros, que si por el ejercicio que hace el diestro se intensifica su actividad circulatoria y se produce, por consiguiente, un intenso riego sanguíneo, y los más, porque el asta del toro cauteriza. Preguntádselo a cualquier aficionado del torero y veréis cómo se pronuncia en favor de ese último extremo. Pero como en esa divergencia de opiniones y afirmaciones a cual más gratuita, nadie se pone de acuerdo, he creído que lo mejor es interesar la opinión de una autoridad médica. Y en este caso, ¿quién mejor que el doctor Giménez Guinea, director de la enfermería de la Plaza de toros de Madrid y del Sanatorio de Toreros? Independiente de su relevante personalidad como cirujano de número del Hospital Provincial de Madrid, a nosotros nos interesa el «médico de los toreros», que por haber asistido a un contingente grande de lesionados de asta de toro, forzosamente habrá de tener una opinión formada sobre esta clase de heridas.

El doctor Giménez Guinea me recibe con un gesto amable y responde complacido a las preguntas que le formulo para EL RUEDO:

—Ante todo, doctor: ¿Por qué no se oye decir nunca que se le haya infectado una herida a un torero? ¿Acaso no se da tal complicación en las heridas por asta de toro?



El doctor Giménez Guinea, médico del Sanatorio de Toreros

—Las heridas de asta de toro —contesta— tienen todas las condiciones favorables para que se desarrolle la infección, aparte de la naturaleza del agente traumático, como es el asta del toro, que lleva gran cantidad de microbios, incluso los de la gangrena gaseosa y el tétanos. Además, son heridas con grandes anfractuosidades y recovecos de longitud de varios centímetros en una o varias direcciones (trayectorias) y cuyos tejidos, contundidos, triturados y desgarrados, reúnen todas las circunstancias tanto sobre las condiciones de los agentes microbianos como las condiciones del terreno que constituye las heridas.

—Sin embargo, nunca se oye decir...

—No se desarrolla la infección porque intervienen varios factores, entre ellos, el más importante, porque el herido es intervenido inmediatamente después del accidente y se le practica un minucioso reconocimiento de la herida, que permite conocer sus características. Luego, por la intervención operatoria, llamada limpieza quirúrgica, se transforman todas las condiciones favorables para la infección en otras que impiden que ésta pueda desarrollarse: separación de las partes motificadas, extracción de los cuerpos extraños, si existen, y colocación de elementos de seguridad con el fin de que si la infección llegara a desarrollarse tenga menos virulencia.

—Otra pregunta, doctor: después de una cogida casi siempre leemos en el parte facultativo un «pronóstico grave». No obstante, a los quince días, el diestro aparece de nuevo en el ruedo. Esto sorprende un poco a la gente.

—Pues porque esa limpieza quirúrgica, que practica el cirujano, cuanto más cercano haya ocurrido el accidente, más beneficiosa y más garantías ofrece. Transformadas así las condiciones de la herida, ésta tiende rápidamente a una cicatrización, que hace que por su duración el pronóstico sea luego más favorable. Es decir, que el cirujano tiene que emitir su juicio por las lesiones encontradas en el momento del reconocimiento y de la intervención; por lo tanto, tiene que dar el pronóstico según el resultado de ésta, aunque por la evolución de la herida sea luego más favorable.

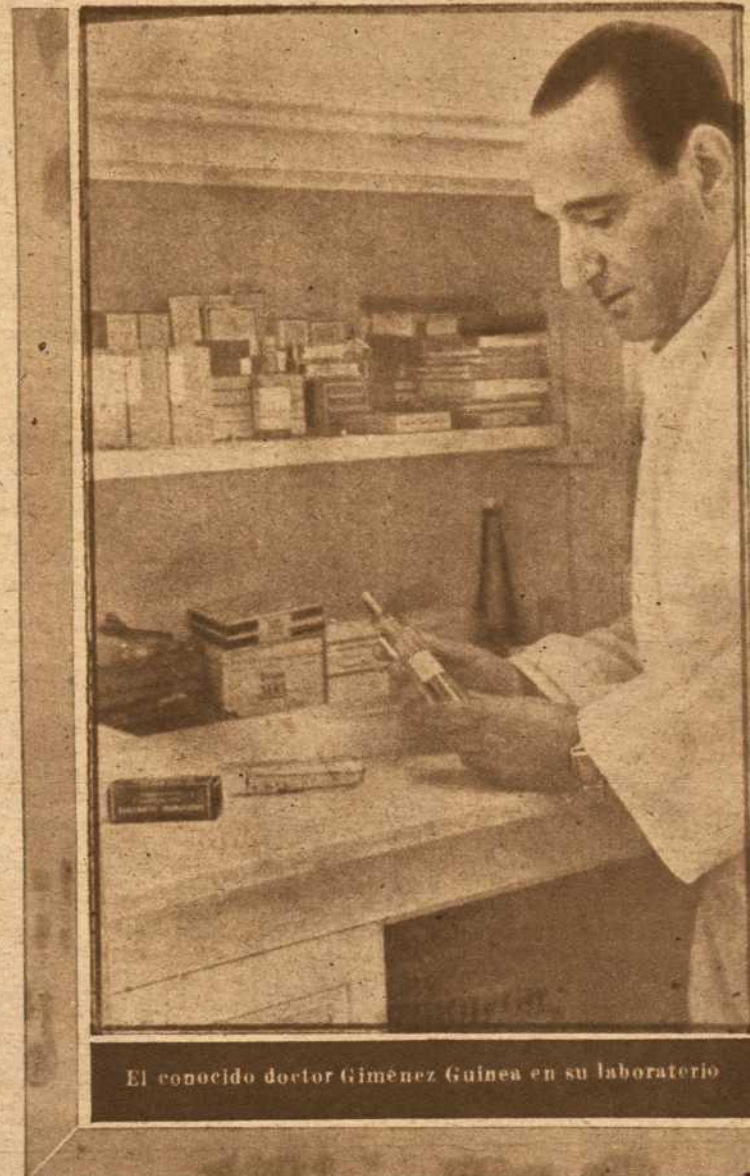
—Usted me ha dicho antes que el asta del toro lleva gran cantidad de microbios. ¿Sabe que entre los aficionados se halla muy extendida la opinión de que el asta de toro cauteriza y que a esto se atribuye el que no se infecten las heridas?

Sonríe el doctor Giménez Guinea y se limita a contestar:

—Calcule qué temperatura habría de tener el cuerno para cauterizar.

—De acuerdo. Usted habrá asistido a heridas interesantes desde el punto de vista clínico, ¿no?

—He intervenido en heridas por asta de toro



El conocido doctor Giménez Guinea en su laboratorio

verdaderamente terribles. Este mismo año hemos tenido una cornada tan espantosa, que al diestro casi le destrozó un muslo. El torero mejicano Jesús Guerra, también recibió una cornada en un muslo que le causó unos destrozos grandísimos, principalmente en los músculos. He visto heridas con los nervios al descubierto, con los vasos importantes colgando; heridas penetrantes en la cavidad torácica y en el abdomen y, sin embargo, el diestro curó, como curó el año pasado Segundo Arana, que vino de fuera con una cornada en el recto con rotura de la vejiga urinaria.

Brindo estas dolorosas verdades a Hernández Petit en apoyo de la tesis que sostenía en una de sus últimas interesantes crónicas semanales «De miércoles a martes». Ciertamente, los toros son más peligrosos que los tranvías.

Sigue diciéndome el doctor Giménez Guinea:

—Claro que en la rápida curación de las heridas influye mucho la juventud y sanidad de los toreros y tal vez el estado de actividad circulatoria de los diestros, dado su esfuerzo, su ejercicio muscular.

Heimos terminado nuestro interrogatorio y dejamos al doctor Giménez Guinea, gran benefactor de los toreros, a cuya oportuna y sabia intervención deben la vida más de uno de los que visten de luces.

EL JUEVES, EN LAS ARENAS

**EDUARDO LICEAGA
BELMONTEÑO
GABRIEL PERICAS**



Eduardo Liceaga al comenzar la faena de muleta



Un derechazo del mejicano en su segundo novillo



Belmonteño toreando al natural el jueves en Las Arenas

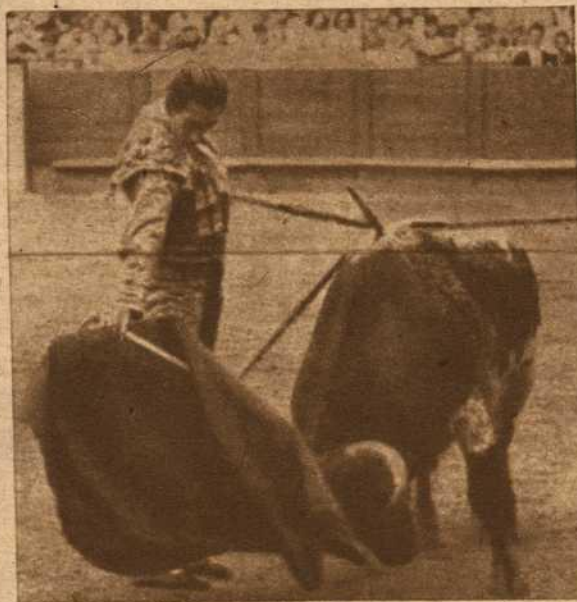


Una gran verónica de Gabriel Pericás. (Fots. Valls)

CARTEL DE BARCELONA



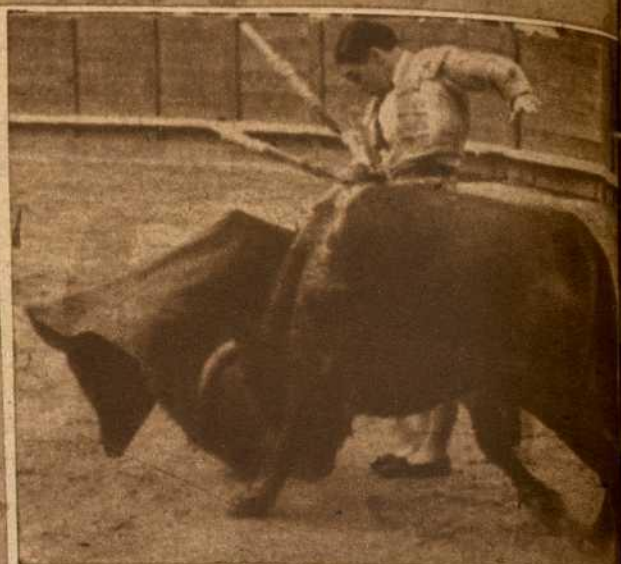
Rafael Llorente saluda al público y muestra los trofeos conseguidos



Manolete toreando con la derecha en el toro del que cortó las orejas



Rafael Llorente, que triunfó el domingo en Barcelona, en la faena de su primero



Un torero derechazo de Pepe Bienvenida a su segundo toro

JUICIO

BUENA fué la tarde del domingo en la Monumental de Barcelona. Manolete y el nuevo matador de toros Rafael Llorente se encargaron de ello, sin que los otros matadores completaron el cuarteto —Pepe Bienvenida y Julián Marín— ran de poner también su gránulo de arena. Tarde casi redonda a la que no faltó más que el ganado ayudara.

Pepote, con grandes deseos de agradar desde el principio, alzó su capote en el primero de la tarde, con su gracia peculiar. Y tanto en este toro como en el que le correspondió en segundo lugar, supo sacar el tarro de las esencias en unas chiquitadas que se ovacionaron largamente. Valiente en su primero y artista en su segundo, fué aplaudido por el público.

El cordobés venía a por la tarde redonda, y si ésta no le dió por entero, fué debido a que, en su segundo bicho, no se afortunó con el acero. En el primero hubo de todo, y bujó con el sallo de la casa. Y para colofón, una gran estocada, que tumbó al toro sin puntilla. Los catalanes aplaudieron a rebotar,

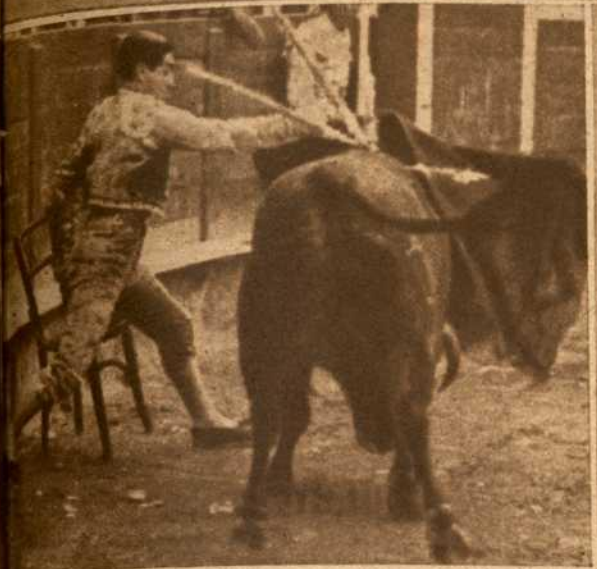


Julián Marín en un pase por alto a su primer toro



Los cuatro matadores dispuestos para salir al ruedo el domingo en Barcelona

TOROS DE BERNARDINO JIMENEZ PARA PEPE BIENVENIDA, MANOLETE, JULIAN MARIN Y RAFAEL LLORENTE



Pepe Bienvenida inicia la faena de su segundo sentado en una silla

CRITICO

La faena de Manolete no pasa por fea regular en la Plaza de Barcelona. En el sexto valido, puesto que hubo una protesta general, Manolete no pudo salir a la plaza, petición, vuelta y saludos. Manolete no tuvo suerte el domingo en Barcelona. Los catalanes no son muy bien quisidos en el navarro y cómo las gasta ante los toros. Pero el domingo, a pesar de su valor reconocido y de su coraje que portó ante su lote, no pudo lograr faena. Manolete no pasa por fea regular en la Plaza de Barcelona. En el sexto valido, puesto que hubo una protesta general, Manolete no pudo salir a la plaza, petición, vuelta y saludos. Manolete no tuvo suerte el domingo en Barcelona. Los catalanes no son muy bien quisidos en el navarro y cómo las gasta ante los toros. Pero el domingo, a pesar de su valor reconocido y de su coraje que portó ante su lote, no pudo lograr faena.



El torero navarro iniciando un muletazo en su segundo



Una caída al descubierto y Marin y Manolete al quite. El toro se lo llevará el navarro



Manolete después de la faena de su primero, con las orejas y rabo que le fueron concedidas



Manolete se adorna en la faena de muleta realizada en su segundo toro



El torero madrileño, toreando de capa, cerca y templado, al primero de los suyos (Fotos Valls)

NUESTRA CONTRAPORTADA

Manuel Jiménez, EL CANO

Por BARICO



NACIO Manuel Jiménez en Chiclana, el 25 de abril de 1814. No llegó a ser diestro de primera fila, pero primero como banderillero, como medio espada, después y, más tarde, como matador de alternativa, completó más que decorosamente con los diestros de su categoría, y dejó fama de torero serio, pundonoroso y valiente. Don Alejandro Latorre dijo de él lo que sigue: «Buena figura, muchas facultades y sabiendo. Pocas pinturas, y a la

verdad. Buen capote, buen banderillero, buenos «pin-reles»; de casta conocida, aprendió la buena escuela y la ejerció con pasión y afición».

Empezó su aprendizaje taurino a las órdenes de Juan León, de quien fué uno de los discípulos predilectos, y fué protegido luego por su paisano, el celebrísimo José Redondo, el Chiclanero.

Se presentó en Madrid como peón en 1833. Actuó en la capital de España, como banderillero, en los de 1835, 1840 y 1841. El 9 de octubre de 1845 se presentó como medio espada y actuó en plaza parida, en unión de Julián Casas, el Salamanquino. El 5 de octubre de 1849 se presenta en Madrid como espada de alternativa y lidia ganado de Justo Hernández con el Salamanquino y Camará. Toreó luego con éxito en provincias y fué contratado para actuar en Madrid en la temporada de 1852. El 21 de junio le tocó estoquear, en la décima corrida, un toro difícilísimo, que se refugió en tablas. El Cano citó a recibir y mató de una estocada baja. La suerte que ejecutó El Cano con aquel toro y la forma de realizarla, fué causa de una polémica periodística. Hubo quien recordó que Montes, en 1850, había obrado de idéntica forma en iguales condiciones, y esto sirvió para aumentar en mucho el crédito de Manuel Jiménez había conquistado.

Se esperaba con interés la repetición de El Cano en el ruedo de Madrid, y para el 12 de julio se dispuso la 13.ª corrida de la temporada, con ocho toros de las ganaderías de Veragua, Benjumea y Rozalén, y los diestros El Chiclanero y El Cano, para los seis primeros, y los dos últimos para el medio espada Pucheta. El cuarto toro pertenecía a la ganadería de Veragua, era berrendo en colorado y botinero, y de nombre Pavito. Chofa y Carlos Puerto le picaron ocho veces, y Pando le puso dos pares. El Cano, que vestía un traje azul y plata, lo muletó con indiscutible valentía, y fué cogido al dar un muletazo por alto. Con ganas de terminar pronto, entró a matar y agarró media estocada. Fué arrollado y cayó ante la cara de la res. Hubiera sido corneado de nuevo, pero con gran serenidad se agarró a las patas de la res para defenderse de los derrotes, y dió lugar a que El Chiclanero colease oportunamente y se llevase el toro otro diestro con el capote.

El Cano sufría una grave cornada en el muslo derecho, y aunque fué curado, ya en período de convalecencia, disgustos familiares hicieron, según dice Recortes, «que abandonase el lecho, abriéndose con tal motivo la herida y declarándose en ella una gran hemorragia, que dió fin a su vida a las diez de la mañana del 23 de julio de 1852».

BALSAMO HAZUL
Unguento antiséptico para accidentes y enfermedades de la Piel
QUEMADURAS • CRANOS • ULCERAS • HERIDAS

VENTA EN FARMACIAS (Autorizado por la Censura Sanitaria)

REPORTAJE GRAFICO DEL FINAL DE LA FERIA DE ALBACETE

SEGUNDA DE FERIA

TERCERA

DE FERIA

CUARTA DE FERIA



Manolete, Arruza y Pepín dispuestos para actuar en la segunda

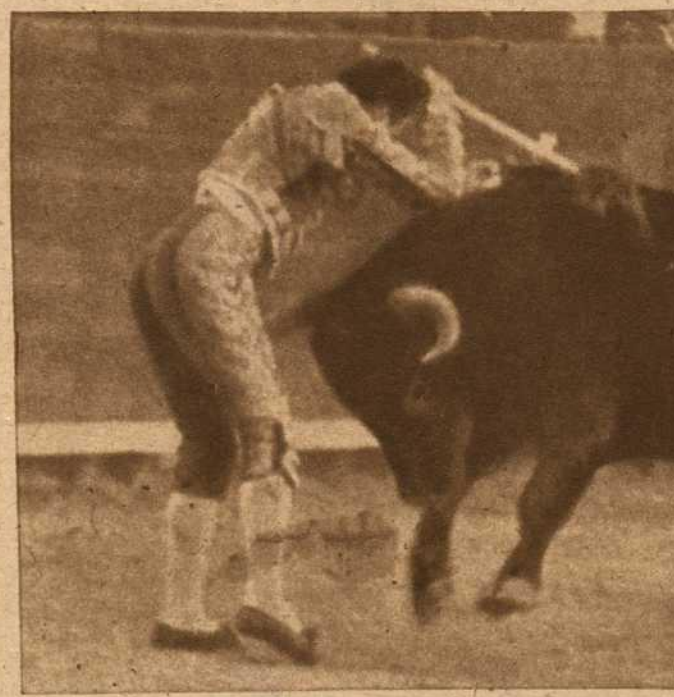
Arruza no se inmuta, pese a la mala embestida y logra un pase por alto

Manolete, triunfador en la tercera corrida, da la vuelta al ruedo con los trofeos logrados por su faena

Con la muleta, Moreno de Talavera torea por naturales al bicho que le correspondió en primer lugar

Pepín Martín Vázquez instrumenta unos buenos naturales al primero que le correspondió lidiar

En la cuarta, Dominguín cortó oreja. Después de la muerte del bicho salada al público



El cordobés muleteando con la derecha a su primer toro

Instante en que es cogido Pepín Martín Vázquez, en la segunda de feria

Como el cordobés, Luis Miguel fue ovacionado y muestra las orejas y el rabo que cortó. Manolete viendo doblar al toro con que realizó la faena más completa

Luis Miguel Dominguín consigue un magnífico pase en redondo, en la tercera de la feria. Arruza es asistido por su cuadrilla al ser cogido durante la lidia de su segundo toro

Luis Miguel Dominguín en un ajustado pase con la derecha

Al intentar un pase Dominguín fue volteado, aunque sin consecuencias

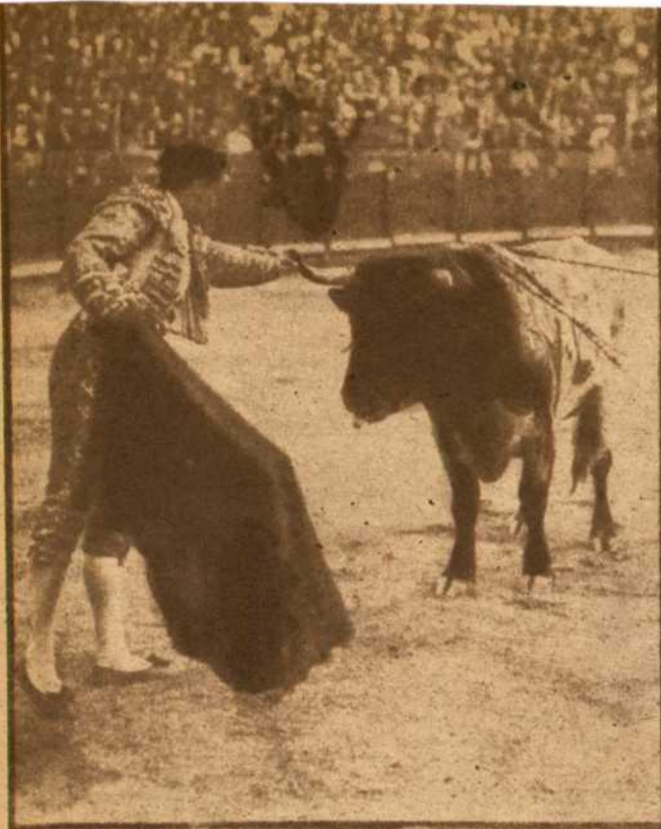
Pepín logra un buen pase de muleta con la derecha, en el toro que resultó cogido

Arruza, con las rodillas en tierra, intentando dar un muletazo por alto, en terreno inverosímil

Parrilla, que actuó en la última de feria, tira del toro con la muleta en la derecha

Armillita, pegada al estribo y con las dos rodillas en tierra, da un pase. (Fotos Baldomero)





Joselito en un adorno en la faena de muleta

CAPITULO XII

Vimos en el capítulo anterior —es decir, yo me atreví a dejar sentada una afirmación— cómo mientras Joselito había aprendido, o por expresarlo mejor, había adoptado, amoldándolo a su toreo, el acercamiento y la entrega de Belmonte, y la eliminación de los terrenos de torero y toro cuando éste, por su celo y codicia, la hacía posible, Belmonte había aprendido de José la ciencia de la dominación cruzándose en el cite y doblándose con el enemigo. Joselito lo hacía a dos manos, con un pase ayudado por bajo, repetido varias veces por ambos lados; Belmonte lo hacía con una mano, pase ayudado también sobre la derecha, y por alto, y ésta fué una de las características más señaladas de cada uno que mejor diferenciaban sus toreo respectivo. Pero la diferencia —y por eso insisto en hablar de fusión entre ambos modos— era sólo de procedimiento, y no de eficacia e intención, que intención y eficacia eran las mismas, y una sola la teoría: que el toro se destroncara trazando sobre la arena la figura de un ocho en sus revoluciones, cuando después de haber tenido el trapo ante la testa, tenía que irse a buscarlo hacia sus propios costillares que era donde llegaba la muleta. Y hacia allí iba siempre, lo mismo en la curva por bajo de José, que en la curva por alto de Juan, pues que todo consistía, repito, en cruzarse y doblarse, y el trapo que invitaba al enemigo por el pitón contrario, por el pitón de la salida, llegaba en el remate del pase, para repetir el siguiente, a los fijos del bruto en el otro lado, y así el toro se retorcia y era vencido. Joselito no prodigaba la derecha, pues ya he dicho que torea con las dos manos, y Belmonte, en cambio, sí,

porque sólo con la mano derecha torea para dominar; pero en el toreo con el toro claro y dócil, aparte el molinete belmontino sobre la mano derecha, llevando el toro toreado hacia la izquierda, que antes de Belmonte nunca se había hecho, y aparte algún pase de pecho obligado sobre dicha mano o en la iniciación de la faena, la izquierda era la que torea más en la serie de naturales de Joselito, sin ligar, pero enlazados con una leve pausa rítmica entre cada lance, lo que hacía granearlo y escondido su toreo, y en el formidable y larguísimo pase de pecho de Belmonte. Por lo demás, y quitado el pase llamado de la firma, que no tenía enlace con ningún otro, en los tiempos de José y de Juan no se veían esos segmentos de pases con la derecha, cuartos de pase, seguidos, guardándose tras el pitón, que constituyen el toreo de hoy que yo llamo de engañosos y que se aplaude a rabiar.

Dicho pase, o dichos trocitos de pase, que se pueden dar al toro topón, sin cite largo, tapándole la cara y girando a buscar la oreja, que ni tiene punta ni hiere, por considerarlos ineficaces y hasta feos, no fueron nunca usados por aquellos dos grandes toreros. Estos fragmentos de pase, que hoy privan, y que hacen monótono el toreo, no son más que una degeneración de algo que vino después de José y de Juan: el famoso derecho de Villalta, que no era bonito, porque no era lento, pero que tenía el mérito del cite y de la extensión, y en él no giraba sólo el torero con el toro casi inmóvil, sino que tiraba el diestro del toro, rápida y bruscamente, sí, pero mandando en él y pasándose las astas por la barriga.

Y ahora, volviendo a la fusión, en lo que pudieron fundirse, de los toreo de José y de Juan, tras de reconocer el predominio de las facultades de Joselito, lo que le hacía ser más activo durante toda la brega y practicar con suprema maestría la suerte de banderillas, que a Juan no le vi yo intentar nunca en ninguna corrida formal, vamos a ver lo que significaban y en lo que se diferenciaban como matadores de toros.

Desde luego, ninguno de los dos fué un don Luis Mazzantini.

Este ha quedado en la historia del toreo como el más grande ejecutor del volapié —jamás mató un toro recibiendo—; pero por lo demás, aunque tenía metida en la cabeza, como era muy inteligente, la teoría del toreo, era un lidiador valiente, decidido en los quites, pero no adornado ni artista, y con la muleta se limitaba a alfiar a los toros para recrearse tan sólo en la suerte de matar.

Por lo que me contaron quienes habían visto torear a las grandes figuras



JOSELITO

APUNTES PARA UNA BIOGRAFIA

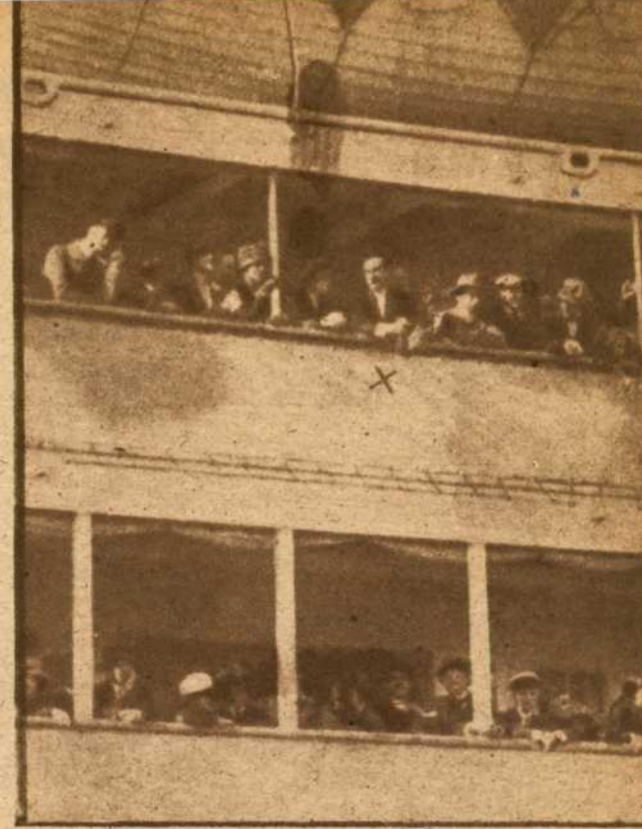
Por FELIPE SASSONE

del siglo pasado que yo no alcancé y por lo que yo he podido ver con mis propios ojos, me atrevo a afirmar que hasta la aparición de Rafael Guerra Guerrita, que fué un caso excepcional, y hasta la llegada al toreo de Joselito y Belmonte, atendiendo por lo que a estos se refiere a sus últimos tiempos, ningún buen torero fué nunca un gran matador. Guerrita, Joselito y Belmonte lo fueron en cuanto a seguridad, en cuanto a matar muchas veces de la primera estocada, no en cuanto a la corrección clásica con que ejecutaron la suerte. Lagartijo fué, sin duda, uno de los grandes toreros de todos los tiempos; pero usó el tranquilo

matar de sus habilidades de banderillero: esto no quiere decir que matase a paso de banderillas, ni hace que yo olvide cómo alguna vez mató recibiendo a la perfección, y cómo, picado en su amor propio, entró otras veces a matar a volapié en buena ley; pero esto último le originó más de un percance, de los que hablaré cuando enumere sus cogidas, y además no entraba en sus principios y normas.

Digo que José usaba de su habilidad de banderillero, por la manera de herir y hasta de enhilarse ya con el brazo alto para poder mirar por debajo de él la punta del estoque, como miran los banderilleros los arpones en el momento de la reunión. Joselito entraba, pues, desviándose un poquito de la recta, sin cuartejar exageradamente, pero con rapidez, y llevaba el brazo suelto y hería de arriba abajo, como si con el puño le fuera a dar un capón al toro; pero tenía tal habilidad que acertaba con el sitio que llaman de la matadera y calaba al enemigo, y si no pinchaba en hueso, que esto es siempre ajeno a la voluntad y a la destreza del matador, sus estocadas eran mortales de necesidad, y como los bichos salían rodados de los vuelos de la muleta inmediatamente después de grandes faenas, la prontitud y limpieza del desenlace coronaba triunfalmente toda su actuación. Una vez hablé con Joselito enrostrándole sus defectos como matador, y de sus labios oí que los reconocía, y que sabía ejecutar la suerte como mandan los cánones; pero que opinaba que era el único momento de la lidia en que el torero estaba vendido, porque entrando a matar derecho, con el brazo reunido con el busto para hacer fuerza, y con la mano derecha a no mayor altura que la del hombro, en el momento del embreque se perdía la cara del toro, que ya estaba embraguetada con el lidiador, y así éste no la podía ver, como la veía siempre en todos los demás veces del toreo, porque en el pase alto la muleta cubría la cabeza del bruto, sólo cuando ya había salido del centro de la suerte, y en la estocada a volapié la perdía precisamente en el momento de la reunión. El toro podía estar con el engaño o con el cuerpo del lidiador, y habiéndose lanzado a matar bien no había tiempo para reponerse. «Hay mucha gente que mata bien», decía Joselito, y que pasa el fiato; pero lo pasa porque Dios quiere, que certeza y seguridad científica no hay nunca, y al que mata bien acaban cogiéndole los toros».

Su experiencia personal, las veces en que picado su amor propio se decidió a matar con arte, confirmó su sentencia, y de esto, y de lo de perder la cara del toro, ya hablaré en otro capítulo.



Joselito en el Infanta Isabel, a su llegada de América, arriba al puerto de Cádiz

Tampoco fué Juan Belmonte un matador clásico, y al principio pinchó muchas más veces que Joselito. Acaso carecía de facultades para ejecutar con toda corrección la suerte de volapié, que, como su nombre lo indica, ha menester de gran fuerza en las piernas. No era Juan desbarado en el cite, y se enhilaba correctamente con la mano entre el pecho y la barbilla; pero ni se lanzaba a volapié ni hería con el brazo reunido, sino que lo ponía por delante para herir casi a tenazón. Digamos en su honor y en justicia, que por lo que se veía, y por el afán de corregirse demostrado poquito a poco, Juan Belmonte no estaba satisfecho de su manera de matar. Buscó el alivio decoroso, y lo encontró entrando a matar despacio, a pasitos cortos, deteniéndose un punto antes del centro de la suerte, aprovechando las querencias de los toros, dejando al toro embebido en la muleta para adelantar el otro brazo y procurar que el toro se matase sólo en el momento en que él se salía de la suerte. Es algo muy difícil de describir, que convierte la suerte de volapié en algo que participa de la manera de matar arrancando, al encuentro y aguantando, todo a la vez. Era una forma de matar, parecida a la que adoptó Antonio Fuentes después de que una gran cornada en un muslo le mermó facultades, y le obligó a herir, si no recibiendo, ayudándose con el viaje del toro. De esta manera logró Belmonte ser un matador, si no clásico, más decoroso y casi tan seguro como José, y pues que al fin y a la postre los dos mataban pronto, no deslucían sus grandes faenas y los públicos de toda España entusiasmaban de entusiasmo.

(Continuará.)

El torero sevillano, gran aficionado a los galgos, con su perro Reverte



La madre y las hermanas de Joselito en su casa de Sevilla



EL ARTE Y LOS TOROS

UN CUADRO, UN PINTOR Y UNA FAMILIA

Por MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

CUANDO, una vez más en nuestra misión o tarea investigadora y analítica sobre la pintura española con tema taurino, hemos estado con el cuadro que ilustra y embellece esta plana, nos hemos visto un tanto confundidos sobre la personalidad de su autor. Porque firmado en Sevilla, en 1879, por Enrique Cabral, no encontramos en nuestro archivo nota o antecedente de este artista, indiscutiblemente de la rama o familia de los Cabral Bejarano, que naturales de la bella y castiza ciudad andaluza repartieron su arte a través de varias generaciones, extendidas a lo largo del siglo XIX. Porque, desde Joaquín Cabral Bejarano, fallecido en la ciudad del Betis en 1825, que ejerció varios cargos en la Escuela de Bellas Artes, o su hermano Antonio, acaso el más famoso pintor de todos ellos, Conservador del Museo Provincial e individuo de mérito de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, por designación, en 1836,

Toros». Prescindiendo ahora de la personalidad interesante del autor, limitémonos a comentar el lienzo, no desprovisto de interés, muestra característica de la pintura del XIX y, concretamente, de la escuela sevillana.

Enrique Cabral se propuso con este cuadro reflejar una escena costumbrista en un patio de la vieja Plaza de Toros sevillana, en una época anterior a la suya, allá por los finales del XVIII, cuando Goya pintara las célebres majas, y en la que los toros tenían la grave importancia de un espectáculo popular, enraizado al espíritu nacional. Tiempo de manolas y chisperos, de calesas y toreros de tronío, con patillas de boca de hacha y pelo crespo, al estilo de los contrabandistas.

No deja de ser atractivo el cuadro y simpática la escena. Allí al fondo, el picador, que ya



Escena en el transcurso de una corrida en la Plaza de Toros; cuadro de Enrique Cabral, pintado en 1848

pasando por sus hijos Manuel, Francisco y Rafael no venimos a dar con ningún Enrique que mereciera, por lo visto, los honores de cierta notoriedad vitalicia y póstuma. ¿Acaso un confusiónismo por un doble nombre de pila del pintor? Sabemos que Antonio Cabral Bejarano realizó varias pinturas para el Convento de Santa María de la Rábida, en Huelva, punto de partida de Colón, que decoró la capilla del viejo palacio de San Telmo, que cobijó a la joven Marina española, y no ignoramos que los teatros de San Fernando y Principal, de Sevilla, guardan no pocas pinturas de este primer artista de la familia. No hace mucho admirábamos, en el Museo Nacional de Arte Moderno, «La procesión del Corpus en Sevilla», que Manuel Bejarano, pintor de Cámara de Su Majestad, realizó en 1858, años antes de sus famosas obras «Café de Murillo» y «Martirio de San Servando», pero muy poco o nada sabemos de este Enrique Cabral, también sevillano y familiar indiscutiblemente de los anteriores, que hubo de pintar, año 79, el cuadro que motiva estas líneas, que el título «Escena en un patio de la Plaza de

se dispone a salir por el pasillo o callejón al ruedo, mientras el otro, en su caballo blanco, parece que aguarda el relevo o la pronta llamada. Allí, los doctos aficionados, que discuten y charlan; el torero, entre ellos confundido; los caballos, que descansan en el pesebre del patio, y allí, en primer término, el gacanteador y la dama.

Es graciosa la escena. Ha tirado el galán su capa al suelo, y tras una reverencia muy de salón, enteramente versallesca, invita a la joven, de traje y mantilla blanca, a que pose su diminuto pie sobre la pañosa. Tras ella, celosa y vigilante, el ama o celestina, y como doble guardián y entretenimiento de sus años juveniles, el perrito faldero, ciertamente antipático, que parece un juguete.

Por lo que vale y por lo que representa, bien merece que este cuadro venga a formar parte de esta serie de comentarios que constituyen la serie «El Arte y los toros», que desde hace bastante tiempo escribimos en exclusiva para EL RUEDO.

DON ANGEL SAENZ DE HEREDIA

afirma que la fiesta ha perdido en emoción desde que se toreaan utrereros en lugar de toros de seis y siete años

Cayetano Sanz daba ya chicuelinas y manoletimas



TENGO ante mí a uno de los hombres que con mayor conocimiento y más dilatada experiencia pueden hablar de toros. Don Angel Saenz de Heredia, padre del famoso director de películas José Luis y realizador él también en los baluceos heroicos del cine español, tiene ahora setenta y dos años fuertes y nerviosos, y ha sido amigo de toreros cuyos nombres tienen ya en esta hora

el del toreo actual, y, claro está, la conclusión que sacan es equivocada, al afirmar que nunca se ha toreado como se torea ahora, porque ignoran cómo se toreaba antes...

—¿Y cómo se toreaba antes?

—Se toreaban toros de seis, siete y hasta ocho años. Hoy se toreaan utrereros más o menos adelantados. Antes mataban los toros los matadores; hoy los matan los picadores, el aceite de ricino y otras cosas que se consienten, y que a los antiguos les hubiera causado vergüenza aceptar, como son el serrar los pitones y el tronchar los riñones a las reses.

—¿Es que las puyas de aquellos años no castigaban?

—No hacían más que perforar la piel. Hoy son medias estocadas. Tampoco se toleraba que los peones se abriesen de capa ni que quebrantaren al toro a fuerza de recortes. Actualmente lo causan y quebrantan llamándole desde los burladeros, para que el espada se luzca cuando el toro está ya agotado, y esto se comprueba con las frecuentes caídas de la res, cosa que nunca ocurría en aquellas épocas. Cuando el foro arremetía contra el caballo, éste caía al suelo o iba por los aires. Ahora el único que se cae es el toro. Y así todo. El último tercio era el que tenía más importancia y, dentro de él, el momento de entrar a matar. ¡Por algo se le llamaba la suerte suprema!

—Esa suerte se ha convertido en una desgracia.

—Como que no se le da importancia, y vemos que, después de siete pinchazos y tres intentos de descabello, se les concede a los diestros las orejas, el rabo y las patas. Lagartijo no cortó una oreja; Frascuelo, una, y El Guerra, otra.

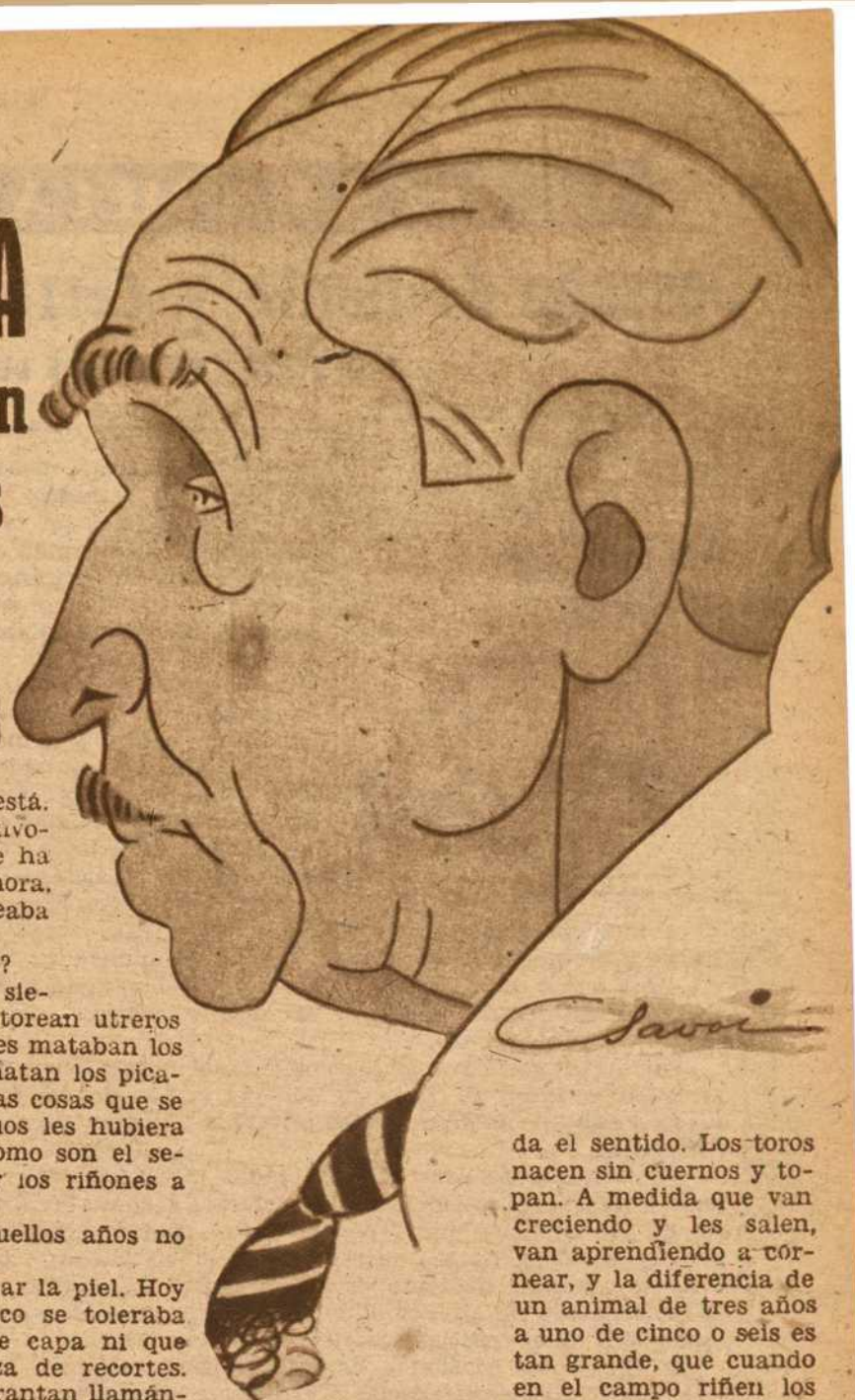
—En mi juventud veíamos muy a menudo, sobre todo cuando toreaba Frascuelo, la suerte de recibir, que es la más emocionante de la lidia. Hoy es rarísimo o, mejor dicho, ningún toro se mata recibiendo, por lo agotados que llegan a la muerte y porque el matador sabe que, con una faena de muleta pinturera y artística y algún adorno de los que antes se criticaban, tiene conseguida la oreja, y no necesita exponerse al entrar a matar, como es necesario para conseguir una buena estocada.

—En resumen...

—En resumen, que antes se toreaban toros y ahora se toreaan novillos, y resulta tan fácil, que ya todos son ases, y hasta las mujeres y aficionados resultan eminencias y se ganan orejas, patas y rabos por docenas. Lo que no puede hacerse con los toros sin gran riesgo, que es lo que emociona, se hace con los novillos.

—Sin embargo, los novillos también tienen cuernos.

—Pero, carecen de la edad, que es lo que



da el sentido. Los toros nacen sin cuernos y topan. A medida que van creciendo y les salen, van aprendiendo a cornear, y la diferencia de un animal de tres años a uno de cinco o seis es tan grande, que cuando en el campo riñen los toros jóvenes los vaque-

ros rara vez intervienen, porque saben que no tendrá consecuencias; pero cuando riñen dos grandes tratan de separarlos por todos los medios, porque saben que el duelo es a muerte segura de una de las dos fieras.

—Además, que el peso...

—El peso es lo de menos. Poco tamaño tenían los de Carrquirri y, sin embargo, eran temibles. Lo que dijo Belmonte: que el peso no le importaba, porque no se trataba de echárselos a cuestras, sino de ponerse enfrente de ellos. La edad es lo único que importa.

—Se deduce que los Frascuelo y Lagartijo eran más valientes.

—Tampoco estoy conforme con eso. La raza no se extingue. Si salieran toros de seis y siete años, saldrían los toreros para esos toros. Lo que pasa es que son dos tiempos, dos toreaos distintos, y yo prefiero el de ayer, porque tenía más emoción, más habilidad, maestría y valor. Hoy se le da más importancia a la parte efectista y artística, aunque muy pocos saben que las chicuelinas y las manoletimas ya las daba Cayetano Sanz.

Con El Guerra hice una película, cuando ya llevaba muchos años retirado. La Casa Gaulton buscó la influencia de un ministro para que la dejaran filmar la fiesta; pero El Guerra me había dado su palabra, y no lo consentió, a pesar de que fué el gobernador en persona a pedirselo. Era una gran figura y de un acendrado patriotismo. En cierta ocasión se dijo que iba a reaparecer, porque le ofrecían un tentador contrato en Cuba. Le preguntaron si era cierto, y dijo que no iría a la Isla ni por las cantidades que se rumoreaban ni por otras mayores. «¿Pues por cuánto iría usted?», le interrogaron. Y él contestó: «Porque nos la devuelvan»...

ecos de leyenda: Frascuelo, El Espartero... ¡Qué gran libro sobre la fiesta nacional podría escribir don Angel, con todos sus recuerdos y con todo su saber y su entender taurino! ¡Qué opiniones tan interesantes las de este viejo aficionado de tanta categoría y de tanta solera!

—¿Es usted partidario de los tiempos antiguos o de los nuevos, don Angel?

—Mire, amiguito, no hay vieja que, según ella, no haya sido muy guapa de joven, ni ella, según él, no haya sido muy valiente. Por aquello de que cualquier tiempo pasado fué mejor, decimos los viejos que como nuestra época de jóvenes no se volverá a ver, y la razón es lo que dijo el poeta: todo es según el color del cristal con que se mira, y lo que se miró con el cristal de la juventud suele ser más agradable que lo visto con el de la vejez.

—Según eso, usted, entre el toreo de ayer y el de hoy...

—Establecer una comparación entre dos cosas para ver cuál es mejor requiere como condición indispensable el conocimiento de ambas.

—Que es precisamente el caso en que se encuentra usted.

—Yo, sí; ¿pero cuántos opinan sobre este mismo asunto, a pesar de que no conocen sino una parte, la última? En éstos la elección será errónea y parcial. Para comparar las corridas de toros del tiempo de Frascuelo, Lagartijo, El Guerra, Belmonte y Joselito con las novilladas que se celebran actualmente es preciso haber visto aquéllas y éstas. La mayor parte del público que concurre hoy día a la fiesta no conoce más que uno de los dos términos de la comparación, el que han visto,

DE CECA EN MECA

Desecho de tienta y cerrado

Por JOSE CARLOS DE LUNA



CON el marbete «desecho de tienta y cerrado» vendían los ganaderos las reses que no consideraban aptas para lidiarse en corridas «formales».

En la actualidad se enriqueció el rótulo con la palabra «defectuosas», amparando así reglamentariamente todas las barraduras que en las dehesas amontonan el azar y la incuria.

Decid dos los ganaderos de hoy a no enviar al matadero sino las vacas reviejas e inútiles para la cría, les pareció incompleta la tradicional clasificación —ya bastante amplia—

y la recompusieron así: toros, o lo que sean, «desechos de tienta y cerrado y defectuosos». Y si se les admitió la ocurrencia, ¿por qué ni a quién pueden quejarse los encargados de velar por los intereses del público y la relativa dignidad del espectáculo?

Por embotada que esté la sensibilidad de la afición, lo ocurrido en la Plaza de Toros de Madrid el pasado día 9 fué la lógica consecuencia de un abuso reiterado y reglamentariamente consentido.

No vamos a defender determinadas manifestaciones de un público exaltado; ni siquiera nos metemos a aquilatar los deberes de los técnicos, que —por lo visto— fueron amonestados; pero si decimos, hartos de razón, que si en adelante quieren evitarse actitudes descompuestas, no radica el remedio sino en la rectificación de un Reglamento cuya complaciente amplitud desemboca en el criticado y criticable maremagnum.

En diferentes ocasiones, en estas mismas páginas, intentamos patentizar las diferencias éticas entre la antigua Asociación de Ganaderos de Reses Bravas y el actual amontonamiento de criadores y recriadores de reses de lidia, porque le estimábamos timón y directriz de actitudes y consecuencias. Y sabemos que, machacando en hierro frío, no se enderezan las torceduras del camino que estos últimos emprendieron tan desatenta y desatentadamente.

Mal comerciante es el que engaña a la clientela creyendo que así defiende sus intereses mercantiles, sin considerar que dando gato por liebre, cae en la mercachiflería, articulada en el Código. Y desde parejo punto de vista, muchos criadores y recriadores de ganado de lidia se resisten a cobrar en los mataderos el precio de la hez de sus desechos, porque en los ruedos defienden, con las pocas carnes, esa presunta vitalidad brava, que les decuplica el valor.

La amplitud de la vieja fórmula se refrenaba en el seno de la prócer Asociación, a cuenta del concepto de deber y de amor propio que en ella se mantenía, y en el «desecho de tienta y cerrado» —que no debía afectar sino a los novillos— se comprendían los machos que no acreditaron su bravura satisfactoriamente en las tientas y los que en las dehesas se taraban, sin grave perjuicio para su condición de lidiab'les. Con ellos pechaban los noveles, que aprendían las primeras letras de la profesión en libracos borrosos e incorrectos. ¡Pero de aquello a lo que ahora se pretende!...

Entre hombres de buena fe, más fácil que hacer la ley es cumplirla, y comprendemos que a estas alturas de perversión de gustos y deberes no se rectifican Reglamentos sino perjudicando intereses creados; y dada la tozudez, tal mal vestida de inocentes interpretaciones, quizá justifique que se caliente el hierro. Ya es un presagio el rescoldo que arrimó la autoridad competente a la Empresa de Madrid y a los herederos de Sánchez Cobaleda, y ojalá que no se convierta en ceniza. Vaya en buen braserito de Ceca en Meca, templando indignaciones y fundiendo la chatarra mohosa, que pagamos a precio de plata pura; porque si no es así, cualquiera sabe dónde parará el abuso, que ya raya en menosprecio. Y si el público lo siente y lo repudia sin pararse en barras de urbanidad, bien estará exigiéndola y castigar los ex abruptos; pero es de justicia evitar que la indignación se le desboque.

DEL TIEMPO VIEJO

Aquel Madrid de Mosquera y de Retana

Por EL TERRIBLE PEREZ



Mosquera, el ganadero Gama y el vaquero portugués. Al fondo, Alfonso Retana

AQUEL Madrid de Mosquera y de Retana —que el querido Eduardo Pagés evocó en verso—, los tiempos aquellos y aquellos hombres, tan valiente el empresario, tan enterado el gerente! «Si usted me cita mañana en el Café Inglés, mañana estaré en el Café Inglés, aunque me digan que el local se va a desmoronar», decía Mosquera, y lo hacía. Y Retana, ese solucionaba todos los problemas de los toros y de los toreros sin darse importancia, como si no hiciera nada y de nada supiera. «Yo soy sastré», decía. ¡Y qué toros aquellos, con sus cinco años!

En la mañana en que en el apartado de una corrida se reunieron en la vieja Plaza de la carretera de Aragón aquellos dos hombres de la foto que publicamos, el ganadero portugués, don Luis da Gama, y el empresario, don Indalecio Mosquera, con sus hongos y sus paraguas, hubo gran discusión acerca de la edad de un toro que —gran escándalo!— tenía un año menos, aunque tuviera sus cinco hierbas. Gama le había recomendado al conocedor portugués —el que se ve a la izquierda— que sustituyera su difícil castellano por sus cinco dedos. «¿Cuántos años tiene este toro?», le preguntaba Mosquera. Y el conocedor lusitano se limitaba a abrir la mano, enseñando bien los cinco dedos, significando que el toro tenía cinco años. «¿Cuántos años dices que tiene el toro?», insistía Retana, siempre en segundo plan, con su ala ancha de torero. Y el obediente conocedor volvía a enseñar los cinco dedos de la mano.

Disintieron, y el toro se lidió, y fué tan bravo, que dió la vuelta al ruedo en el atrastre, honor hasta entonces tan sólo concedido al toro Catalán, de Miura, esto para molestar a Bombita, que no había podido con él. Parece que fué lo del toro Catalán lo que originó el famoso pleito de 1908. Mosquera, a quien más que el pleito movía las condiciones de los contratos, que permitían al torero hacerse sustituir cuando estuviese herido, resistió a todo. ¿Se iban Ricardo y Machaco? ¡Ya verían qué artista era el Gallo y qué valiente el Chico de la Blusa! Y Rafael tuvo éxitos geniales, y Vicente cortó, dos años después, en 1910, la primera oreja concedida en Madrid.

Rafael González se mordía los puños de pura rabia cordobesa, y Ricardo Torres se preparaba para el regreso, en su permanente afán de coger la estocada, liándose en su casa de Sevilla con sacos de serrín, en los que se volcaba con la espada, aprovechando los tentaderos para ver si cogía el tranquilo de matar, que no alcanzó jamás, siendo, como era, tan valiente.

Cuando los dos desterrados no tenían toros en provincias, para no quedarse en casa mientras en Madrid otros toreaban, ponían telegramas a Lisboa, cuyo ruedo de Campo Pequeno era entonces plaza abierta para ellos. Pero los empresarios de Lisboa, don Luis da Gama y don Arturo Telles, grandes amigos de Ricardo, le pagaban lo que él entonces cobraba en España, sin admitir la rebaja que el torero ofrecía por haber solicitado la fecha, pues los empresarios de Lisboa eran del temple de don Indalecio.

En aquel Madrid de Mosquera se lidió entonces una corrida de Gama que no fué todo lo brava que el ganadero portugués deseaba. En aquella misma tarde pidió a Mosquera rescindiera el contrato de más corridas que tenía para el abono, y a don Antonio Pérez, de San Fernando, vendió toda la ganadería. Si sería buena, que, pasados más de treinta años, aun la piden los toreros.



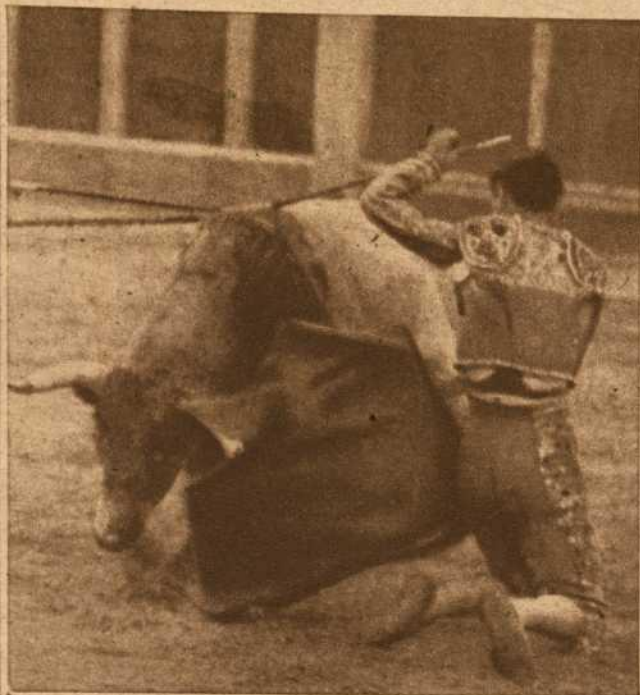
Bombita entrando a matar en un tentadero. En el burladero, Manuel dos Santos, y a caballo, Campello

LA CORRIDA DE LA FERIA DE ZAMORA

TOROS DE ARTURO SANCHEZ Y SANCHEZ FELIX RODRIGUEZ, CARLOS ARRUZA Y LUIS MIGUEL DOMINGUIN



Arruza, en el callejón, acaricia a un perro, curioso espectador de la corrida



El mejicano Arruza iniciando un escalofriante molinete de rodillas



Arruza en la faena de muleta de su segundo, al que cortó las orejas



Félix Rodríguez, que reaparecía en España, brindando la muerte de su primero



Luis Miguel Dominguín, en la faena de muleta de su primer toro, torea con la derecha por bajo



Félix Rodríguez remata con una rovelera el quite que hizo a su primer toro



Félix Rodríguez, Luis Miguel y Arruza antes de salir al ruedo



Luis Miguel en otro derechazo al mismo bicho al que hizo, como a su segundo, una gran faena, cortando orejas en ambos (Fotos Mari)



Los tres matadores salen al tercio a saludar al público, que los ovaciona

A PUNTA DE CAPOTE

La emperatriz y Joselito

Por Federico Oliver



La Emperatriz Eugenia de Guzmán en uno de sus últimos retratos

EN uno de los últimos viajes de Eugenia de Guzmán a su patria española, la errante figura de esta soberana de todos los martirios hubo de cruzar por la campiña andaluza como una sombra a contraluz. La melancolía de sus ojos marchitos, turbios de cataratas, pugnaba, quizá por inundarse de luz nativa ante el caso sin remedio; y es posible, asimismo, que este su paso por el paisaje luminoso se proyectara en la fina película de su nostalgia como un adiós supremo a la muerta juventud, no por muerta *menos viva*, en el corazón sobrevivido. Aquel día, la emperatriz sin imperio, quiso bañar su alma en la luz milagrosa de un día campero, blanco de caserío y verde de vegetación. Ella no advierte más que estos colores fundamentales sobre el profundo azul de los cielos. La mancha de color es *suya*, mas no el perfil de las cosas y seres que son como sombras huidizas en la vegetación de la dehesa. Y como quiere saber lo que pasa, hay quien la ilustra sobre los lances de la tienta y oye com-

placida cómo el eral ha sido separado del rodeo, cómo toma carrera veloz y cómo la collera, en ráfaga de jinetes, la acosa y derriba. Preguntada entonces si el eral ha resultado *bucy* o *toro* del bautismo del hierro, y al decirle que toro, ríe como una niña porque en su fantasía senil recibe como un regalo la muñeca rubia de sus veinte años vestida de amazona, que es *ella misma*, seguida de un cortejo de adoradores de los cuales no queda uno sobre la Tierra. Le dicen entonces que uno de los jinetes en el acoso es Joselito el Gallo, y como ha oído decir que Joselito es el torero genial de la época, pide, como si despertara, que se lo presenten.

Yo he visto la estampa de esta presentación en una revista de aquellos días, no recuerdo cuál. En ella aparece la ilustre nonagenaria sentada, muy de negro vestida, con el puño del bastón entre las finas falanges de las manos transparentes, y el rostro, lacerado de arrugas, vuelto hacia lo que quisiera ver y apenas columbra. No hay nada más feble que el perfil delicado de esta marchita rosa granadina. Ni nada más garboso que la planta torera de este mancebo nimbado por un lauro que parecía vencedor de la muerte. Un grupo borroso de caballistas y damiselas asiste con curiosidad a este interesante encuentro de dos siglos en la gloria cenital del día. Joselito la mira respetuoso, casi con temor. Ha visto, como todos los españoles, el retrato de la emperatriz pintado por Winterhalter, aquel de la pámela en día primavera, y trata en vano de identificar aquella hermosura en la carita de vieja que le sonrre.

¿Y ella? ¿En qué piensa Eugenia de Guzmán? ¿De qué hablaron estas criaturas, al parecer, tan dispares y, en realidad, enraizadas en el cogollo de España? Difícil es saberlo. Creo recordar que la bondadosa señora habló al héroe juvenil de Montes su precursor y émulo seis décadas, tiempo abajo; y este nombre solo, Montes —Francisco Montes (Paquiro)— nos basta, no para reconstruir lo que se habló, sino para intuir lo que se *sintió*, que es lo importante. Francisco Montes (Paquiro) había sido el gran torero de la juventud dotada de Eugenia de Guzmán, como Joselito lo era, a la sazón, de otras lozanas juventudes femeninas que ella —árbol carcomido— sentía murmurar en su redor como el árbol moribundo las hojas verdes del bosque.

Así, pues, la figura de Joselito, unida a la imagen de la muñeca rubia vestida de amazona, cuya emoción acaba de sentir en aquel ambiente revivido, basta para que todos sus campaniles interiores despierten la alhambra dormida de su corazón. En vuelo retrospectivo por encima del pasado desaparecen las Tullerías, Suez, Sedán, Zululandia, Cap Martín y hasta el mismo atadú del príncipe imperial. Sólo queda Andalucía, el campo, la primavera. Por un momento, imagina que vuelve a la magia de sus veinte años de muñeca rubia, en que era, más que emperatriz, reina de los corazones por su hermosura sin par. La fiesta era la misma, el escenario el mismo. Pero ella era otra, y el torero otro. Llamábase Francisco Montes (Paquiro), saltador de la garrocha, del trascuerno, banderillero y matador. Y ella sólo se llamaba Eugenia de Guzmán... ¿Pero qué feliz era Eugenia de Guzmán!

Y ahora le dicen que aquel que se inclina ante ella se llama Joselito. Eugenia pretende mirarlo con toda la fuerza de sus pupilas opacas. Sólo advierte la mancha oscura de los sahones, lo blanco de la pechera y algo así como un sombrero de alas que pende de la mano derecha. La cara es un borrón moreno, sin dibujo ni facciones. Y como en la mente de los semiciegos, seicentenarios, se entrecruzan las imágenes de los vivos con los fantasmas de los muertos, aquí que la fantasía de Eugenia de Guzmán pinta en aquella cara borrosa las facciones fuertes y pálidas de Montes el chicianero. La ilusión es tan grande, que se contempla a sí misma en la maravilla de sus veinte años, vestida a lo flamenco, con el gracioso sombrerito de queso inclinado sobre las cejas, cuando en una tarde soleada de la primera mitad del siglo XIX habló, por única vez, con el gran torero de antaño. La imaginación es el gran tesoro del espíritu, que nunca derrocha del todo nuestra vida. Llevada por ella, la infeliz nonagenaria se siente dichosa un momento, y, sin saber si aquella sombra nimbada por el sol es Joselito o Montes, acaba por decir, con un acento pleno de *saudade*: "¡Qué bien estuvo usted, Joselito, en aquella corrida de las Bodas Reales en 1846!

Mayo, el mes de las flores, une con su signo perfumado las vidas de la emperatriz y Joselito. Ella nace un 5 de mayo. El un 8 de mayo, Joselito muere en Talavera un 16 de mayo, y Eugenia, que le ha precedido en la vida durante sesenta y nueve años, aun le sobrevive cincuenta y cinco días. Ambos personajes representativos son la rosa —oro y sangre— de los colores de España.

LORENZO GARZA EN MADRID

MAS DE MES Y MEDIO HA ESTADO EN CAMA EL FAMOSO BIESTRO MEJICANO



Lorenzo Garza, con su esposa y su apoderado, a su llegada a Madrid

HA sucedido siempre. Los toreros tuvieron sus épocas de suerte o de desgracia. Rachas buenas o malas. En una misma temporada son cogidos muchas veces por los toros y los percances no pasan de heridas leves o revolcones aparatosos. Contrariamente, en ocasiones, la primera vez que tropieza un toro a un lidiador, le hiere de gravedad y corta toda una temporada que prometía ser triunfal. A Lorenzo Garza le ha ocurrido lo segundo. Llegó de Méjico dispuesto a reconquistar su puesto de primerísima figura. Fué, hace unos años, ídolo de la afición taurina madrileña. El sabía que todos aquellos aficionados que le vieron torear antes de 1936 le recordaban; pero no ignoraba que, después de diez años, había grandes núcleos de

espectadores que le desconocían como lidiador excepcional, aunque tuvieran noticia de su fama. Y vino de nuevo a España con el firme propósito de volver a ser el Lorenzo Garza que sus antiguos admiradores conocieron, y revelar a los nuevos aficionados lo que es y representa en las últimas corrientes del toreo. A por el aplauso de unos y otros vino de Méjico el torero que para ser famoso y rico no necesitaba volver a vestir el traje de luces. Y para unos y otros toreó con el capote. Dió el lance largo, completo, el lance difícil y auténtico y el público calló. Luego, juntó los pies, aprovechó la arrancada para dar el medio lance vistoso, y le aclamaron. Eran más los nuevos aficionados y para el torero resultaba más fácil y más lucido hacer lo que éstos aplaudían. Pero con la muleta no hizo concesiones. Por mucho que muden los gustos de los espectadores, el auténtico toreo al natural será siempre el mismo. Lorenzo hizo una faena a base de naturales macizos y convenció a todos. Viejos y jóvenes comprendieron que aquello era toreo puro, que aquello no podía ser mejorado, y obtuvieron para el genial mejicano las dos orejas del toro. Ya estaba Garza en camino de lograr el dorado sueño que le había decidido a volver a los ruedos y venir a España.

Fué a Barcelona y allí un toro cortó su marcha hacia el éxito total. Una cornada gravísima. Mes y medio en cama. Temores fundados de que allí iba a terminar todo. Diez días entre la vida y la muerte sin tomar alimento alguno. A su lado, su esposa. Una mujer que sabe disimular su pena cuando el torero la mira pidiéndole consuelo con los ojos que son dos áscuas; que cuando Lorenzo queda postrado da rienda suelta a su dolor y a su esperanza, y reza y llora, y promete y recuerda. Y mientras el torero, en brazos de la fiebre, corre aventuras imposibles en las fronteras del delirio, ella no sabe si vive, si perdió la razón o si es víctima de un sueño malo.

Cerca, también, el mozo de espadas. A los pocos días de la cogida, al lado del herido, su apoderado, su amigo Arturo Alvarez y la esposa de éste. Dudas y pensamientos negros. Al fin, la esperanza.

Veinte días sin fumar. ¡Qué malito debió estar Lorenzo Garza! Todo cambió ya. Ahora Garza está en Madrid. Aquí fué donde el torero mejicano alcanzó el cenit de su gloria; en este ruedo hizo su por ahora última gran faena. Y a este ruedo madrileño volverá en la temporada próxima.

Garza atiende ahora a su curación, que, necesariamente, ha de ser lenta. ¿Aun quisiera torear antes de su regreso a Méjico; pero, ¿será esto posible? A su lado, como siempre, esa mujer menuda, energía y dulzura, que anhela para su marido esa tarde apoteósica en Madrid. Cuando Lorenzo consiga ese éxito —que según frase del torero ha de superar en un ochenta por ciento al que logró en el ruedo de las Ventas—, ella está segura de que conseguirá vencerle de que no debe volver a vestir el traje de luces. Antes, no. Pedírselo antes sería tanto como hacerle renunciar a la ilusión más grande de su vida.



El toreromejicano es recibido por su apoderado, Carlos Gómez de Velasco (Fotos Mari)

B.



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

Tres caballeros en plaza

Los tres gustaron del alegre caracoleo de una jaca andaluza en el ancho campo de la tienda de reses bravas. Los tres, toreros por la gracia de Dios y de su extraordinaria afición, se entregaron de lleno a su arte, lejos de los aplausos y del ancho círculo vocinglero de los tendidos. Allí era donde podían darse por enteros a aquello que tan dentro sentían, y caballeros los tres en tres jacas andaluzas, soltaban las riendas a su ilusión en el galopar sin freno en pos de la res huidiza. Y era allí, en ese amplio campo, donde su genio de toreros les hacía buscar el peligro de unos afilados cuernos, para sortearlo con alegría y estilo, gracia y escuela, ritmo y elegancia, enfureciendo a la bestia, para luego aguantar sus tarascadas, muy cerca de la grupa de su cabalgadura, que mueve inquieta sus orejas como antenas a un peligro que sienten y hasta oyen pegado a sus carnes. Pero eso les atrae de forma tal que prolongan el momento, templando los bríos del cuadrúpedo que trata de escapar, y tolean como si entre las manos llevasen el capote o la muleta, y es sólo —y cuando más— el ancho sombrero cordobés, que ofrecen a las astas del toro como saludo o demanda de perdón, después de la burla continuada de la escapatoria y de la persecución.

Pero no fueron avaros de su tesoro, y los tres —Cañero, Belmonte y el Algabaño— quisieron traer la gracia campera de sus alardes a los redondeles de palmas y ovaciones. Fué entonces cuando el público descubrió al rejoneador. Fué entonces cuando pudo apreciar la belleza del espectáculo, en el que la dosis de peligro y de gracia se

daban por igual. Tuvieron, los tres, que llenar las Plazas de toda España con su maestría inigualable, para que el aficionado empezase a ver con deseo y emoción lo que hasta entonces tuvo que presenciar con la desgana de un pasatiempo circense.

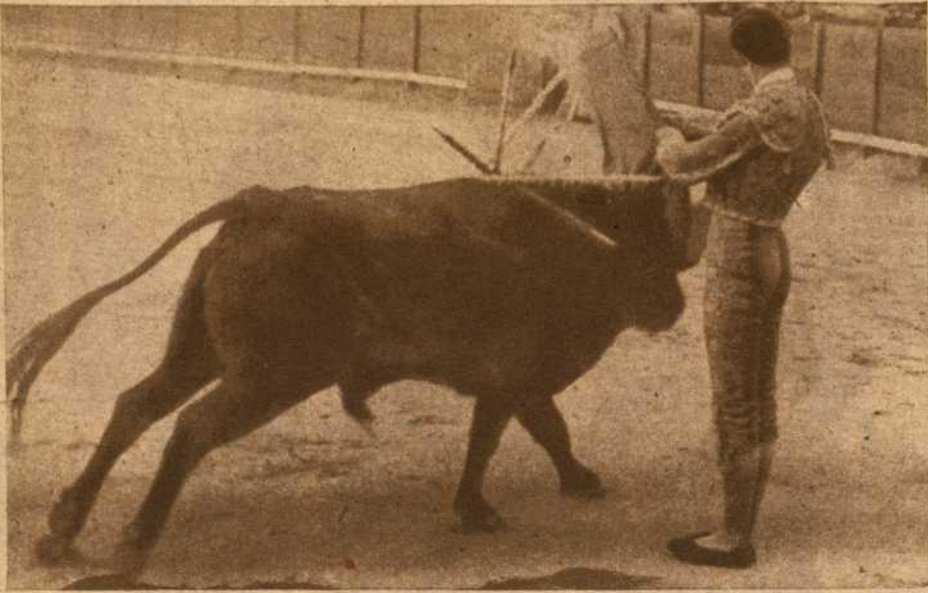
Hoy los ha reunido nuestra estampa en esta fotografía de un festival en el que los tres se repartieron las palmas y oles de la muchedumbre. No sabemos dónde ni cuándo fué; pero eso no importa. Lo que interesa es esta coincidencia de los tres rejoneadores —dos de ellos espadas de muchísimo cartel, no los vamos a descubrir ahora— ante la afición y en una misma tarde. Si los tres cabalgaron sobre la arena de aquel ruedo en el festival, envidiamos al espectador que tuvo la suerte de presenciárselo.

Era un festival, pero ellos, toreros los tres, por la gracia de Dios y de su extraordinaria afición, toreros en donde nadie los veía, en el ancho campo andaluz, no requerían el acicate del aplauso, porque no necesitaban de la seriedad del festejo para lanzar al galope sus cabalgaduras y jugar a vida o muerte en franca superación. No importaba, pues, el sitio, porque ellos lo hacían siempre y para ellos mismos.

No importaba, porque les dolían a sus jacas los ijares de hacerlo ante un solo testigo: el caliente sol de la tierra andaluza.



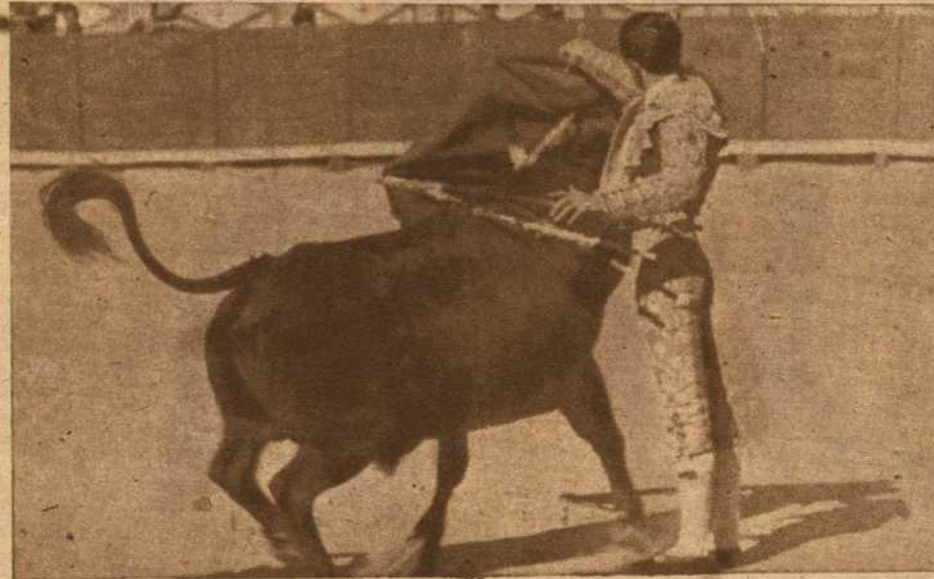
LAS CORRIDAS DE LA FERIA DE SALAMANCA



Manolete, en la segunda de feria, inicia un ayudado por alto



Un adorno del cordobés durante la segunda corrida



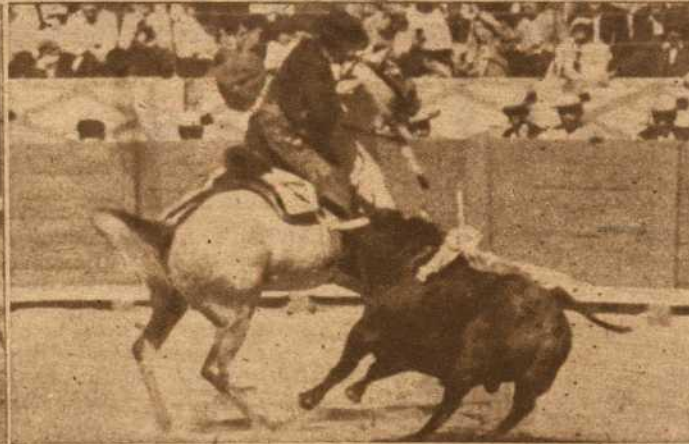
Manolete, en el centro del ruedo, torea cerca y por alto



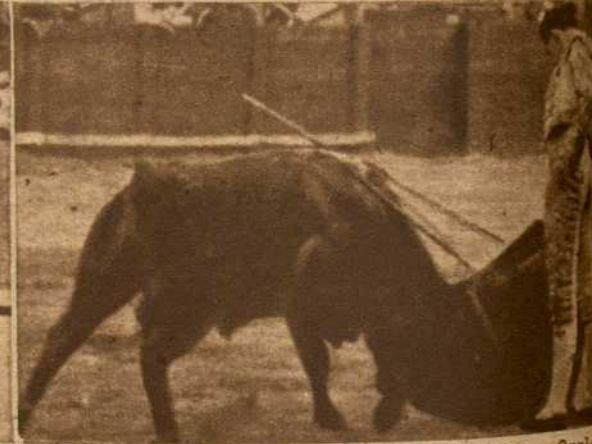
Un magnífico ayudado del rejoneador jerezano durante su faena pie a tierra



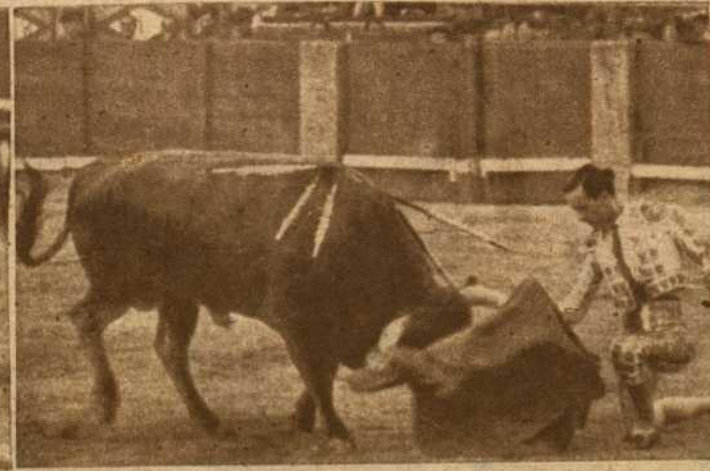
Parrita toreado de muleta.—Abajo: Un molinete de rodillas de Arruza



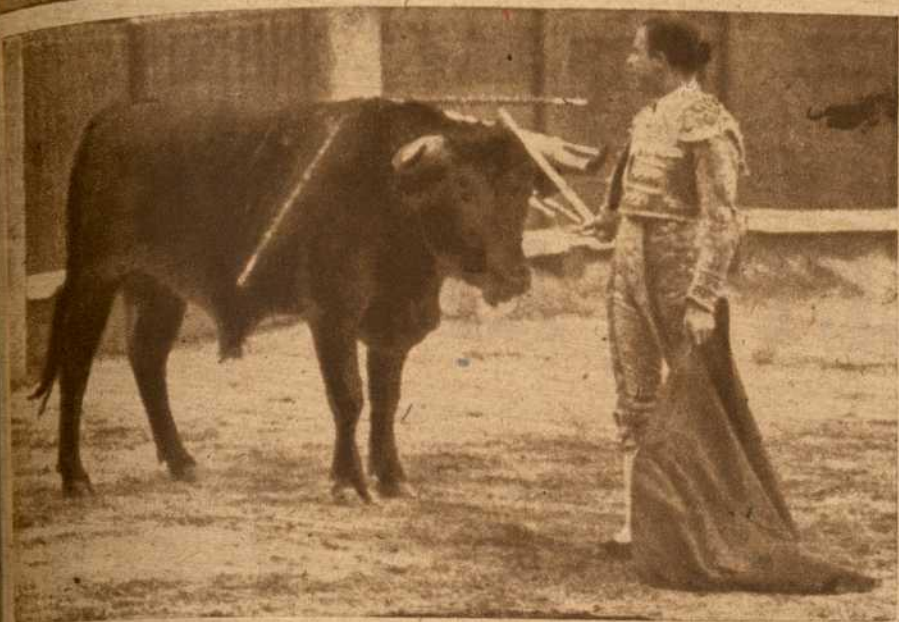
Domecq clavando un par de banderillas.—Abajo: Arruza en la faena de muleta



Parrita en un buen derechazo.—Abajo: Curro Arruza toreado al natural



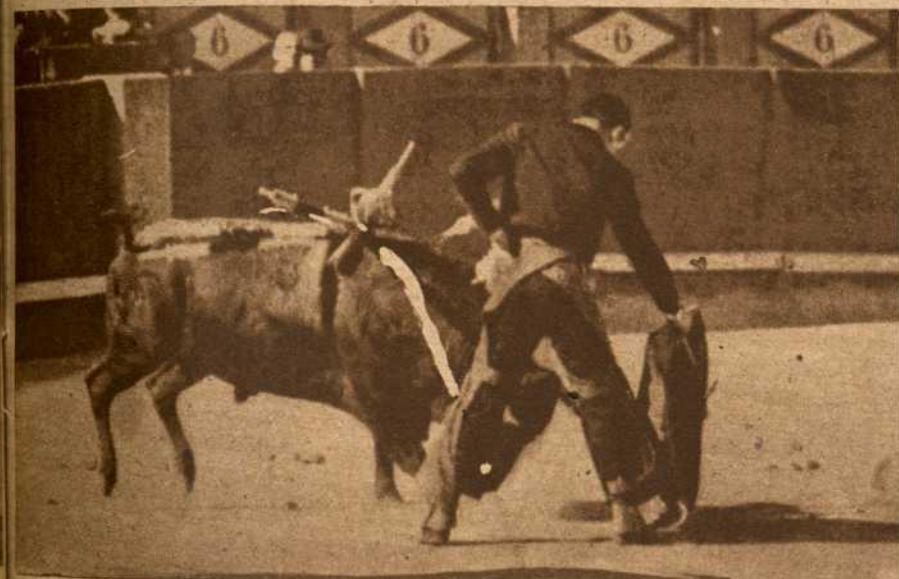
ALVARO DOMEQC, ORTEGA, MANOLETE, PEPE LUIS VAZQUEZ, ARRUZA, FERMIN RIVERA Y PARRITA



Pepe Luis Vázquez en la primera corrida de la feria de Salamanca



Un natural del diestro de San Bernardo durante la misma corrida



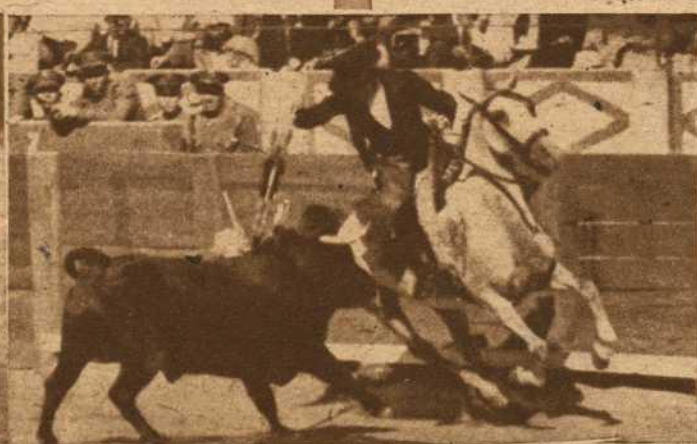
Otro de los momentos de la faena de Domecq durante la primera corrida



Un molinete de Pepe Luis Vázquez en la segunda corrida de feria



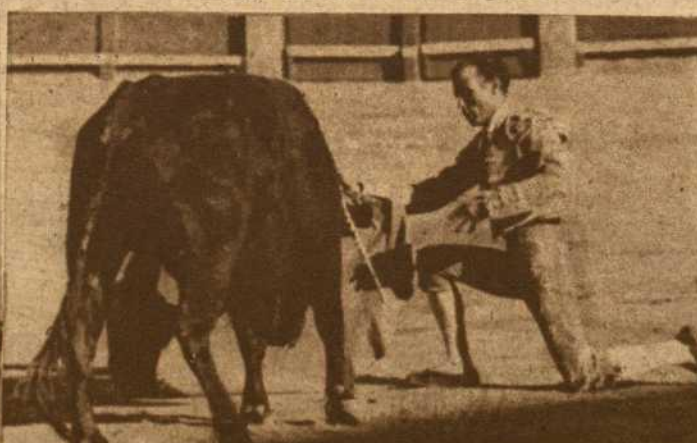
Fermín Rivera en un adorno.—Abajo: Domingo Ortega torea por bajo de mulata



Alvaro Domecq clavando un magnífico rejón.—Abajo: Domingo Ortega en un desplante



Fermín Rivera torea en redondo.—Abajo: Un mulatazo de Ortega. (Reportaje gráfico de Mari)



SE ULTIMAN LOS PREPARATIVOS PARA LA CORRIDA DE LA PRENSA

El secretario de la Asociación, Francisco Casares, espera que se celebre del 2 al 4 de octubre con ORTEGA, MANOLETE y ARRUZA



Don Francisco Casares, secretario de la Asociación de la Prensa

sidad de demorar el gran festejo taurino que organiza para fines asistenciales de los que a diario trabajan en periódicos y revistas.

La cogida de Manolete, con la de Arruza a continuación, deshizo el trio de ases que completado con Ortega habían de lidiar seis reses de Atanasio Martín. Largo proceso de curación en el de Córdoba y fechas ya firmadas para las principales Plazas de España por Arruza obligó a que se deshiera para entonces el espectáculo taurino, cartel incommensurable y esperado con enorme expectación por todo Madrid.

Y ahora, cuando la temporada finaliza y el público daba por descartada la organización del magno festejo, resurge la corrida de la Prensa. Los dirigentes madrileños no desecharon nunca la idea de llevar a cabo tal fuente de ingreso para sus servicios médicos y farmacéuticos. Se contaba con dos cosas importantísimas, que hubiera podido desecharse tal organización al no haber contado con ellas: eran Plaza y toros.

Esto lo tenía la Comisión organizadora para la fecha que designase y en espera de que eligiera el día.

¿Cuál será éste?, nos preguntábamos.

Y en la secretaría del Palacio de la Plaza del Callao nos han aclarado lo concerniente a la fiesta nacional, que fué gloria del organismo periodístico y codicia de los taurinos madrileños. Desde tiempo inmemorial, cincuenta corridas refrendan el éxito obtenido, hubo verdadera expectación. El ambiente, los toros seleccionados, las figuras de mayor renombre... y la alegría de las bellas madrileñas, tocadas con sus mantillas, daban inusitado esplendor a la tarde que no se vivía más que para los toros. La Asociación de la Prensa tendrá igualmente este año su corrida, la que todos esperan y con el cartel que se fijó en principio. Eso es lo que se piensa en el momento de escribir lo que nos ha dicho el secretario, Francisco Casares, quien ha dado

CON la del presente año, la Asociación de la Prensa celebra su cincuenta corrida. La feliz iniciativa de quienes regían los servicios benéficos de la Asociación halló el apoyo de los aficionados madrileños, encontrando imitadores al pasar los años en otras organizaciones de carácter benéfico, como son el Montepío de Toreros, Auxilios Mutuos de la Policía Armada y Diputación Provincial. Son las corridas que anualmente vienen celebrándose, guiados por el triunfo que conquista la entidad periodista madrileña.

Cincuenta corridas, con la que celebraremos dentro de unos días los periodistas de la capital de España. Y en ellas el éxito rotundo, porque el público esperaba siempre el mejor cartel confeccionado entre los espadas de mayor renombre.

Por motivos conocidos para todos, este año la Asociación de la Prensa madrileña ha tenido nece-

los pasos finales en estos días, entrevistándose con Manolete y Arruza, con quienes había necesidad de hablar sobre fechas que tenían libres.

Francisco Casares, extrañado ante la pregunta que le hacemos —¿habrá corrida de la Prensa?—, explica brevemente tal como se encuentra la organización.

—Puede usted anticipar sin miedo alguno —comenzó por decir— que se celebrará como todos los años. Aunque tuvimos desgracia por los percances de Manolete y Arruza, espero que se repita el cartel.

—¿Existen gestiones, por tanto?

—Ortega me dió la conformidad, y, por tanto, es firme su compromiso. Este no se había roto, pese a aplazamiento obligado. Y en cuanto a Manolete, creo que tampoco encontraré dificultades para verlo en Madrid, junto a Arruza y Ortega. Pero espero que en esta semana quedará ultimado nuestro festejo, que únicamente podía sufrir un cambio de no haber podido reaparecer Arruza. Lo supeditaban hasta el día 30 para actuar en Hellín. Por estar demasado cerca de la fecha de celebración, no podía ofrecerle ni a él ni a nosotros toda la seguridad necesaria.

Pero el torear en Salamanca me da margen para pensar que podremos contar con él. Si así no fuera, con Antonio Bienvenida, Pepín Martín Vázquez..., cualquier otro espada de primera línea sustituiría a quien no pudiera participar en la corrida de la Asociación.

—¿Y la fecha de celebración?

—Del día 2 al 4 de octubre. Eso es lo pensado en principio. Ya está en marcha, y no variará de esos días que le digo.

—Ahora el toro. ¿La corrida que estaba destinada fué lidiada en la Plaza de Madrid, por la Empresa?

—A cambio de aquella de Atanasio Martín, la Empresa nos facilita una de las seis o siete que tiene. Pueden ser Villamartas, porque tiene buena presencia.

El cartel ya está en marcha. La Plaza, comprometida, y los toros, a escoger.

La corrida de la Prensa se celebra. Para continuar aquellos triunfos anteriores, en su cincuenta edición. Cada día con más auge y en un ambiente de expectación como la mejor.

JOSE CARRASCO

MACHARNUDC

Valdespino
es el vino para copiar

VALDESPINO
JEREZ

Se va a inaugurar un Museo de Historia del Toreo en la Feria de Muestras de Zaragoza

FIGURARAN CARTELES DESDE LA EPOCA DE CARLOS III

Abrirá sus puertas el día 30 del corriente, coincidiendo con el Certamen

El día 30 del corriente mes abrirá sus puertas la magnífica Feria Nacional de Muestras de Zaragoza. Coincidiendo con esta brillante manifestación de nuestra potencialidad industrial, han querido los componentes del Comité ejecutivo, exponer, reunido en tan excelente marco, todo lo que de histórico y pintoresco se conserva de nuestra castiza fiesta de toros.

Se están haciendo las instalaciones de un Museo de Historia del Toreo, que a juzgar por las aportaciones que han sido recabadas, y por las figuras que han prometido su ayuda moral y material, promete ser algo sin precedentes en nuestra Patria.

Hemos conseguido entrevistarnos con uno de los componentes del citado Comité, quien desea guardar su nombre en el anónimo, y a esta buena voluntad debemos estos datos interesantísimos para nuestros lectores.

—Van muy adelantadas las instalaciones?

—Hemos procurado no dormirnos, a fin de que, al abrir sus puertas la V Feria de Muestras zaragozana, puedan los visitantes admirar uno de los motivos de más legítimo orgullo para todos los que hemos intervenido en ello.

—¿Cuentan con buenas aportaciones?

—Podemos asegurar que casi todas aquellas personas en cuyo poder están objetos o documentos, que ya son reliquias para los amantes de la fiesta, y que han sido invitadas a facilitarlos, han respondido en sentido afirmativo.



—¿Puede darme nombres?

—De entre los que yo sepa, merecen destacar dos: el conde de Colombl, cuya magnífica colección de curiosidades taurinas será expuesta, y el "Papa Negro", fundador de esa dinastía de los Bienvenidas, de tan brillante historial en la fiesta nacional.

—¿Qué artistas han enviado sus obras?

—Citaré, en primer lugar, a uno cuyo trabajo es ya conocido de todos los buenos aficionados: don Mariano Benlliure, tan apasionado de las cosas taurinas, quien expondrá dos de sus mejores realizaciones; las tituladas "El encierro" y "El coleo". También las obras del gran pintor Ignacio Zuloaga irán en sitio de honor del Museo.

—¿En cuanto a carteles?

—La más completa colección de ellos, ya que figuran éstos a partir de los días de Carlos III, pasando por todos los tiempos y todas las vicisitudes que las corridas sufrieron, hasta nuestros días.

—¿Y obras taurinas?

—Igualmente que los carteles; la más completa colección de to-

dos aquellos libros que se han escrito sobre la fiesta —que no han sido pocos—, y todas las reglas, tratados, que acerca del arte del toreo se han hecho.

—¿Recuerdos de alguna Plaza?

—El mejor que se podía haber conseguido: la cabeza del primer toro que fue estoqueado en la Plaza de San Sebastián, cuando se inauguró este coso taurino. Además, capotes, trajes, estoques y toda una serie de objetos que pertenecieron a las figuras de los colosos de la fiesta, y que traerán su perfume de años ante nosotros.

—¿Ha supuesto ello mucho esfuerzo?

—Figúrese, cuando casi todas las cosas que en el Museo figuran, han debido ser recabadas de entidades o particulares cuyos domicilios radicaban lejos de nuestra ciudad; hemos pasado días de desesperanza, creyendo que no llegarían a tiempo las obras pedidas; pero, al fin, ha triunfado nuestra firmeza y tenacidad.

—¿Para algo son ustedes maños, qué caramba!

Y nuestro interlocutor asiente en un gesto que denota toda la voluntad que, lo mismo él que sus compañeros del Comité Ejecutivo, han derrochado en la empresa.

El día 30, cuando las autoridades y primeros visitantes traspasen los umbrales de la V Feria Nacional de Muestras de Zaragoza, habrá abierta a la curiosidad de todos, una magnífica instalación, un extraordinario Museo, en el que se podrá reconstruir y evocar la historia taurina, cuya pervivencia en nuestra Patria indica la honda raigambre que entre los españoles tiene; y ayer Sevilla, cuna de toreros, y hoy Zaragoza, pondrán su grano de arena para ver cristalizadas tales empresas en un Museo Taurino Nacional, que recoja las reliquias de la primera fiesta española.

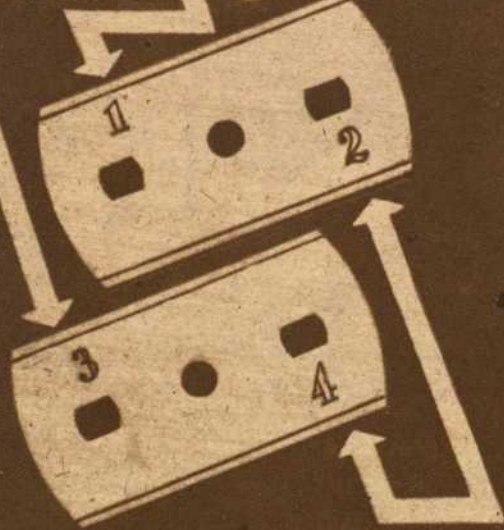
Empresa ésta digna de encomio, de ayuda y de ejemplo, que debe de cundir, para bien de la Fiesta y de los verdaderos aficionados que tanto importan.

RAFAEL DE CORDOBA



HOJA

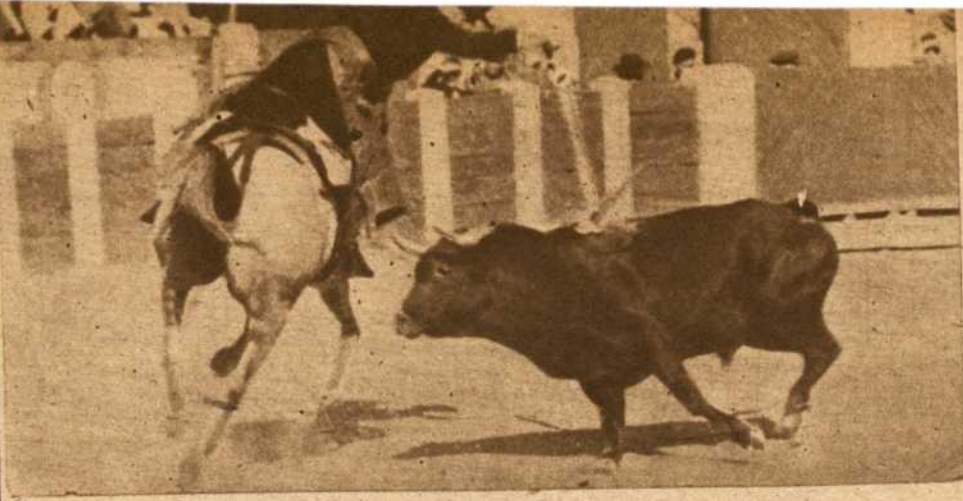
MEZQUITA



DE FILO NUMERADO



Alvaro Domecq, pie a tierra, en un derechazo mirando al público.

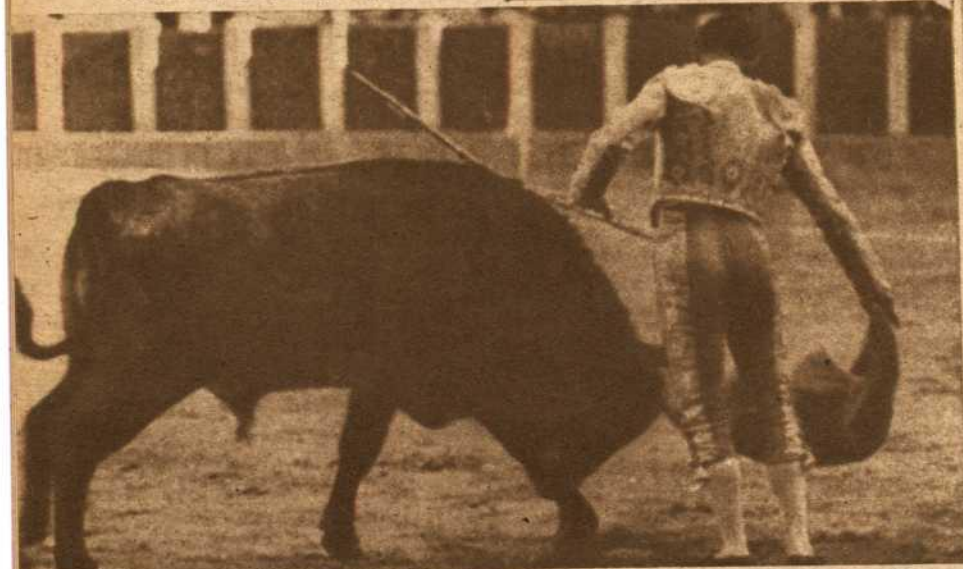


El rejoneador jerezano clavando un par de banderillas en todo lo alto



Domecq en la faena de muleta de su novillo inicia un ayudado por alto

**TOROS DE SALTILLO
ALVARO DOMECCQ, ORTEGA,
FERMIN RIVERA Y PARRITA**



Domingo Ortega en la faena de muleta de su primer toro



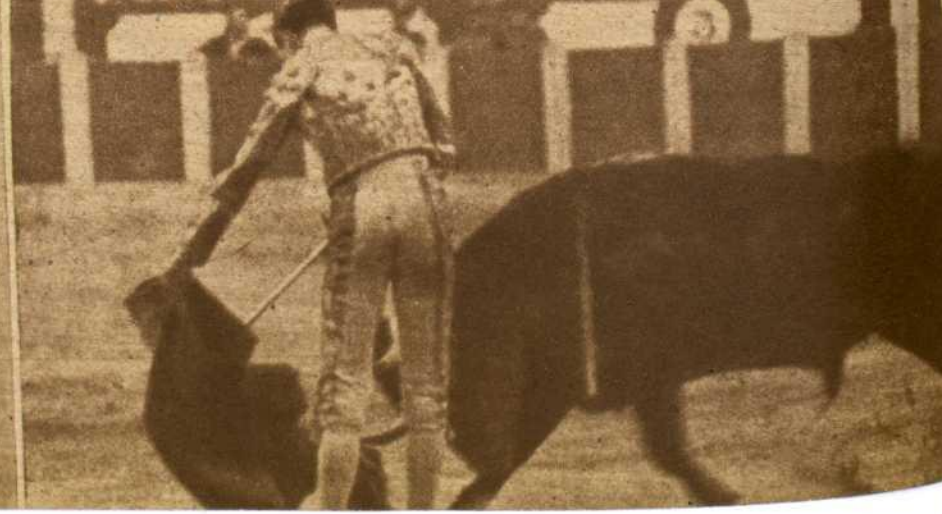
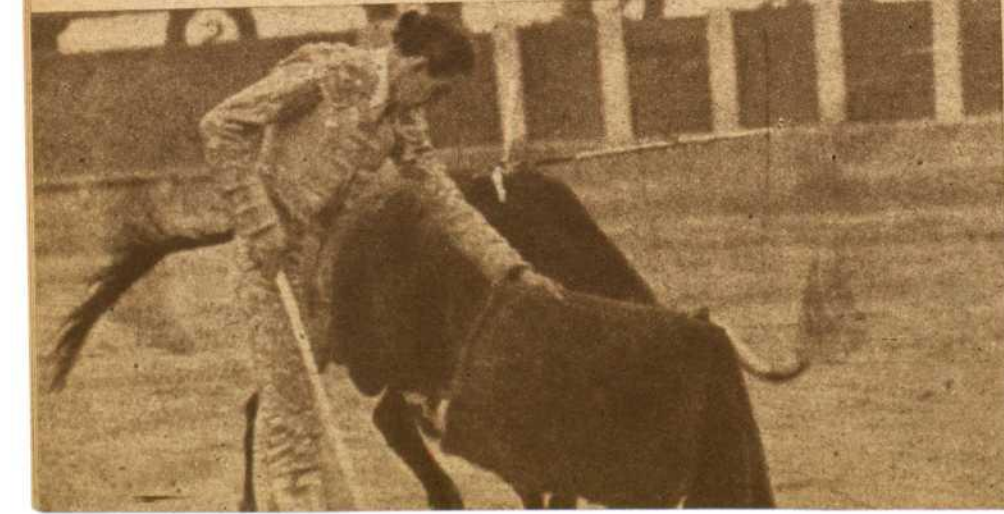
Un natural del torero toledano a su segundo toro



Fermin Rivera en una manoletina al quinto, al que cortó las orejas
Parrita iniciando un pase de pecho en el tercer toro de lidia ordinaria



Otro momento de la faena a su segundo, del mejicano Fermín Rivera
El madrileño Parrita torcando al natural al toro que cerr plaza (Fots. Maxi)





Toreando una vaquilla
Toreando una vaquilla
(Dibujo de Enrique Segura)



Toreros célebres: Manuel Jiménez, El Cano
(Dibujo de Enrique Segura.)